

A woman's back is shown from the neck down to the waist. She is wearing a black corset with laces down the center and black gloves on her hands, which are resting on her shoulders. A tattoo in a cursive font is visible on her upper back.

Lady
M. Wilde

Juegos

de una

DOMINATRIZ

JUEGOS DE UNA DOMINATRIZ

LADY H. WILDE



Créditos

Copyright © 2019 by Lady H. Wilde

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, copiado o almacenado, utilizando cualquier medio o forma, incluyendo gráfico, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora, excepto en el caso de pequeñas citas utilizadas en artículos y comentarios escritos acerca del libro.

Esta es una obra de ficción. Nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación del autor, o son utilizados ficticiamente, y cualquier similitud con personas vivas o muertas, establecimientos de negocio (comerciales), hechos o situaciones es pura coincidencia.

© Imágenes de portada: Adobe Stock.

Imágenes del interior: Pixabay

Índice

Prólogo

Introducción

I. Juego I

1. Roberto
2. Entrega
3. Concierto
4. Dependencia

II. Juego II

5. Ana
6. El derrumbe
7. Muñeca humana
8. Encuentro inesperado

III. Juego III

9. Bruno
10. Deseos prohibidos
11. De película

IV. Juego IV

12. Juan
13. Cambio de roles
14. Esposa entregada
15. Máscaras y travestismos

Parte V

16. Francisco
17. El juego final

Consejo final



Prólogo

Soy una mujer real, normal y corriente con sus cualidades y sus defectos.

Mi mayor habilidad es la de ver más allá de las fachadas que presenta la gente ante el mundo, de adivinar sus secretos más íntimos, sucios y prohibidos.

Mi mayor defecto consiste en que disfruto del poder, de la perversión y de jugar con las debilidades de los demás. Me atrae lo prohibido, el placer, el dolor y comprobar los límites de aquellos que se arrodillan ante mí.

Algunos me llaman Señora o Lady, otros apenas saben que soy su obsesión, aquella que no se atreven a confesarle a nadie. Me da igual cómo me llamen, mi poder no está en un título, sino lo que hago con aquellos que se someten a mí.

Y sí, este libro forma parte del juego. Cada uno de los sumisos elegidos se postrará ante mi desnudo y me leerá las escenas que le corresponden en voz alta, a sabiendas de que acabo de exponerlo al mundo y que una de esas escenas está a punto de producirse.



*Nunca he ocultado que me gusta jugar contigo. ¿Estás listo para empezar?
Tu palabra clave es Dominatrix.*



Introducción

Advertencia: si lo que buscas es el juego y quieres ahorrarte mi verborrea, ve directamente a «Juego I».

La gente cree que una dominatriz es una especie de feminazi que va por la vida en mallas de látex y botas altas con tacones de aguja, insultando e imponiéndose allá donde vaya hasta conseguir que la gente caiga de rodillas ante ella y los convierta en sus esclavos.

Es de risa. ¿Dónde habéis visto a alguien así más allá de los montajes de algunos blogs o las películas porno?

Se equivocan. Te equivocas. No hay nada más lejos de la realidad. Al menos no de la mayoría de las dominatrices que buscan conservar su privacidad como yo. Soy una persona normal y corriente, de la que la gente ni adivina las perversiones que comete. Visto normal, tengo un trabajo normal y algunos incluso piensan que soy tonta y que pueden hacer conmigo lo que quieran. Eso tampoco es cierto, pero lo que ellos no saben es que tengo la suficiente confianza en mi misma y en lo que soy como para que me dé igual lo que piensen de mí. No necesito imponerme a nadie, ni demostrar a todas horas lo que valgo. Sigo una de las filosofías más sencillas que tiene la vida: vive y deja vivir.

¿Qué es lo que me convierte entonces en dominatriz? Mi perversión.

En mi caso, y no digo que el resto de dominatrices sean como yo, disfruto del poder que puedo ejercer sobre otras personas en la intimidad de sus vidas; de la forma en la que puedo dominar su placer, sus cuerpos y sus mentes; y de que durante algunas horas al día, me convierto en el centro de su universo.

No me gusta el dolor realmente sádico, la sangre ni ninguna de esas cosas gore extremas que se atribuyen al BDSM. Ni siquiera sigo las reglas del BDSM, ni me dedico a ir a clubs o reuniones de forma habitual. No me interesan. Me interesa mi propio placer y el de las personas dispuestas a entregarse a mí porque soy la única que sabe darles lo que buscan.

Disfruto del dolor, sí, pero más que del dolor en sí de las expresiones de sus rostros y de sus gemidos. Disfruto del hecho de poder llevarlos al límite sin llegar a causarles un daño real y disfruto de la humillación no por la humillación en sí, sino porque todas y cada una de las cosas que hacen las hacen para complacerme y para demostrarme lo importante que soy para ellos.

¿Suenan enfermizo? Quizás lo sea. No seré yo quien vaya a negarlo pero... ¿Estás seguro de que tú no tienes tu propia perversión? ¿Una obsesión que se repite en tu mente una y otra vez y que ansías en secreto?

Puede que lo único que nos diferencie a ambos sea que yo me atrevo a vivir mis perversiones, y eso, creeme, no es malo. A mi manera hago feliz a la gente que me rodea y les permito vivir y experimentar aquello para lo que no tienen el valor de hacerlo por su cuenta. Es por eso por lo que me buscan aquellos que se convierten en mis esclavos y mis mascotas, porque les doy lo que ni ellos saben que necesitan, porque les ayudo a ser especiales. ¿Puedes tú decir lo mismo?

El mundo del BDSM tiene sus reglas y sus nomenclaturas. Me importa un carajo. ¿Qué diferencia hay para mí entre esclavos y mascotas? En el fondo muy poca o ninguna. No soy de las dominatrices que solo dan sesiones sin implicarse ni practicar sexo. Estoy en esto por mi propio placer. No me interesa quedar con alguien para humillarlo, darle cuatro azotes para hacerlo entrar en la zona, acompañarlo hasta que recupere su estabilidad y luego mandarlo a su casa. Esa no soy yo.

Lo que yo tengo son amantes. Me da igual que ellos prefieran considerarse mis esclavos, mis amantes a secas o que sean tan lindos que no puedas más que considerarlos mascotas. Son mis amantes y punto. Juego con ellos a nivel psicológico, provoco sus emociones, los llevo al límite de lo prohibido, los follo y, a mi manera, los quiero. Algunos de ellos ni siquiera saben que soy una dominatriz, o que sin pretenderlo su adicción a mis perversiones los ha convertido en mis esclavos. ¿Importa? A mí no. Lo hace todo mucho más interesante, porque lo que más me excita de todo esto es el poder que tengo sobre sus deseos. ¿Y porqué digo poder así tan campante? Porque cuando eres la única persona que conoce sus perversiones más sucias y prohibidas, eso te

da poder sobre ellos, pero cuando además eres la única capaz de convertir sus deseos en realidad... entonces te conviertes, incluso sin ellos ser conscientes de ello, en el centro de su universo.

Una de las cosas que más gracia me causan es cuando los incultos y cerrados de mente critican a los sumisos y los catalogan como personas enfermas, débiles de mente o incluso con problemas mentales. Son tan cegatos y estúpidos que creen que un sumiso de manera forzosa ha de ser una persona tímida y sin personalidad, que sería incapaz de mantenerles la mirada o que musita y tartamudea cuando habla con los demás. ¡Idiotas!

En mi vida diaria, probablemente confundan mi educación e indiferencia con sumisión y ni se imaginan que ese político al que adoran y le hacen la pelota a diario está clavando las uñas en el asiento a escondidas mientras yo juego con el mando del vibrador que lleva alojado en el culo, o que esa ama de casa perfecta que siempre acompaña a su marido a los eventos sociales y es toda una señora, se deshace a mis pies y me ruega una vez a la semana, entre sollozos, que siga tratándola como mi puta.

Sí, esa es otra de las nociones estúpidas que todo el mundo tiene sobre las dominatrices y el BDSM, creen que nos limitamos a practicarlo en un sótano oscuro, lleno de trastos, que más que un lugar de placer parecen un gimnasio o una sala clandestina de la Santa Inquisición. No es que no me apetezca de vez en cuando alquilar uno de esos sitios, o que tenga algún que otro mobiliario elegido expresamente para que cumpla esa misma función pero, seamos sinceros, ¿qué hay más placentero que practicar tus perversiones más prohibidas justo ante los ojos de los demás? ¿No es mucho más divertido ser testigo de cómo tu amante mira desesperado el reloj mientras espera quedarse a solas contigo, consciente de que estoy esperando que me sirva el café sin ropa? ¿O esas veces en que tu sumiso observa nervioso cómo su madre o su pareja acaricia el brazo del sillón en el que apenas unas horas antes había estado inclinado desnudo ofreciéndome su trasero? ¿Y qué decir de esas maravillosas cámaras del salón reuniones en el que el todopoderoso jefe se deja grabar a cuatro patas?

Soy una persona real con una vida normal, o casi normal.

Mis amantes son personas que forman parte de esa vida normal. ¿Sus nombres son ficticios? Puede o puede que no. ¿Porqué tendría que ocultarlo? ¿Y porqué no hacerlos temblar mientras les pido que me lean sus propias escenas en voz alta mientras están desnudos ante mí y dispuestos a

demostrarme que me pertenecen?

En eso es en lo que en definitiva consisten mis juegos, ¿no?

¿Y tú? ¿Estás dispuesto a entregarte a mí?

Lady H. Wilde

Juego I

ROBERTO



UNO



Roberto

Roberto es el más joven de todos mis amantes. No estaba previsto. Ni tampoco lo había buscado. Fue él quien me encontró y quien vino a mí. Imagino que en el fondo debería ser un alivio que quien se topara con mis juguetes fuera él y no mi hijo.

Pasaron semanas entre aquella embarazosa escena en que lo encontré en mi dormitorio contemplando con el rostro descompuesto mi corsé de látex extendido sobre la cama junto al maletín que suelo llevarme a mis sesiones, y el día en que se hincó sobre sus rodillas ante mí pidiéndome «por favor» con sus enormes ojos oscuros.

No hay mucho más que pueda mencionar sobre él. Tiene veinticinco años. Estudia en el conservatorio de música. A veces tomo café con su madre, aunque ni de lejos sospecha lo que hago con su hijo ni que me he convertido en su *Mami*. Es una relación que debería haber acabado hace tiempo, lo admito, pero nunca he podido resistirme a su dulzura y a la forma en que se refleja el ruego en sus ojos.

Es el más entregado a mí, el más dispuesto a demostrarme que me pertenece y el único al que le permito que se enganche a mis sensibles pezones para mamar cuando hemos terminado. Después de todo, él es mi bebé y su mayor obsesión aparte de complacerme, son mis pechos.

DOS



Entrega

*H*ay cosas que nunca he podido evitar y una de ellas era la de resistir la tentación de dejar salir a flote mi lado perverso en aquellas raras ocasiones en que Roberto se atrevía a mirarme a los ojos sin mi permiso. Me excitaba y mucho. Conseguía que la humedad fluyera entre mis muslos con solo pensar en cómo le pondría a prueba y qué le haría para castigarlo y enseñarle una lección. La única cosa que me estimulaba aún más era el modo en el que su piel se erizaba si me inclinaba hacia él y le murmuraba al oído...



—*M*e prometiste que eras mío y que podría hacer contigo lo que quisiera. —Deslicé una uña sobre su brazo desnudo y esperé a que tragara saliva. Era algo típico en él—. Ha llegado la hora de que cumplas esa promesa.

No necesité comprobar la forma en la que su cuerpo reaccionaba a mis palabras. Me constaba que lo había hecho. Solo porque podía, deslicé mi mano por sus pectorales y estómago hasta su ingle. Rodeé su erección y dejé que pulsara desesperada contra mi palma, mojándome con las diminutas gotitas de su líquido preseminal.

El clic de la correa de perro al ajustarla en su collar resonó como una promesa en la habitación. Dulce, clara y a la vez decidida. Roberto no se quejó. Nunca se quejaba, ni siquiera si lo trataba como a un animal. Lo más

que hacía era echarse a temblar y, en ocasiones, a sudar.

Aquella tarde se había portado bien una vez más y, en recompensa, le consentí que acercara su nariz a mi sexo, permitiéndole olerlo. Me encantaba la delicadeza y suavidad con la que solía restregar la punta contra mi clítoris. La fina capa de látex rojo del bodi le permitía seguir la raja entre mis hinchados labios e incluso distinguir el pequeño manojito de nervios duro a su paso.

Con una profunda inspiración reprimí mis ganas de ordenarle que sacara la lengua. Deseaba restregarme contra ella y encontrar mi propio placer, sin embargo, los planes de aquel día ya estaban trazados y prefería atenerme a ellos, al menos por un rato más.

Era fácil adivinar cómo sus extremidades cedían bajo él cuando lo guié a cuatro patas hasta la cama.

—Sube y tiéndete bocabajo.

Roberto obedeció sin titubear. Siempre lo hace cuando está así de excitado. Es como si la expectativa y los nervios sobre lo que le voy a pedir lo superaran y es por eso mismo por lo que me gusta tanto divertirme con él y encontrar sus límites.

Le tapé los ojos, pero en el último instante, decidí renunciar al *gag ball* y sustituirlo por otra cosa. Tenía planes para su boca y estaba segura de que no tendría la paciencia de deshacerle luego el dichoso arnés. Además, él no lo necesitaba.

—¡Muerde! —Le acerqué su hueso de perro a los labios y aguardé a que él los abriera obediente. Se le veía tan lindo con su collar de perro y el hueso y con la expectativa escrita sobre su rostro cargado de inocencia. Esa inocencia que tanto me pone y que trato de no arrebatarse durante nuestros encuentros.

Envié un escueto «venid» por WhatsApp y solté el móvil sobre la mesita de noche

Acariciándole la espalda sin prisas, le dejé saber que estaba allí con él, a su lado, y que, a pesar de lo que fuera a hacerle, cuidaría de él asegurándome de que no le ocurriera nada.

El siguiente paso fue coger la botellita de aceite perfumado y dejar que el líquido dorado cayera en un fino trazado sobre su columna vertebral y entre sus nalgas. Noté como se ponía rígido ante el contacto del aterciopelado elixir, probablemente porque sospechaba el motivo por el que lo engrasaba y lo volvía resbaladizo y maleable. Me arrancó una sonrisa al especular en lo larga que se le haría la espera hasta que ocurriera.

Me tomé mi tiempo en esparcir el aceite en sensuales caricias, alternándolas por algunas más exigentes de mis uñas y dientes y otras, más lujuriosas, de mis senos y mi sexo enfundado en látex que restregué contra su redondeado trasero.

—Eres mío. ¿Recuerdas? —le pregunté pasando un dedo parsimoniosamente por su columna vertebral hasta perderme entre sus nalgas.

Roberto se estremeció y asintió.

—Quiero oírtelo decir —le exigí al quitarle el hueso—, y ábrete para mí.

Dejé que procesara lo que le pedí en tanto derramé más aceite en la raja que mantenía despejada para mí. Lo extendí alrededor de la arrugada roseta que se contrajo ante el leve contacto. ¿Sería consciente de que estaba alzando el trasero ofreciéndose a mí? Sonreí y saqué un diminuto consolador negro. Era poco más ancho que mi dedo y tampoco mucho más largo, eso era precisamente lo que me gustaba de él. Era lo suficientemente grande para dejarse sentir y tentar, pero incapaz de satisfacer los deseos que conseguía despertar.

Encendí el vibrador y lo pasé por encima de su roseta, impregnándola de aceite hasta dejarla de un apetecible y brillante rosa.

—Sigo esperando.

—Soy tuyo, Mami. Soy tuyo para hacer conmigo lo que quieras.

Al oírlo fui hundiendo el pequeño juguete en su culo. Roberto apretó los dientes en una mueca mezcla de placer e incomodidad. Aquello fue solo el principio. Echando más aceite incrementé la vibración y establecí un pausado ritmo de bombeo que apenas abarcaba unos centímetros del redondeado extremo, hasta que sus difusos jadeos y gemidos fueron inundando el cuarto.

—Apriétalo y mantenlo ahí.

Dejé la mitad del vibrador sobresaliendo entre sus nalgas y me levanté para ir a abrir la puerta. Ana y la prostituta de pago me estaban esperando como habíamos estipulado. Ambas ya sabían lo que esperaba de ellas y no perdieron el tiempo en complacer mis caprichos quitándose los abrigos para quedarse en medias de liga y tacones.

Roberto, por su parte, se había puesto rígido sobre la cama, ladeando la cabeza en un intento vano por averiguar quién había entrado y estaba presenciando su humillante sometimiento. Las cuerdas alrededor de sus muñecas se estiraron y su espalda se puso tan tensa que podría haber usado sus vertebras como un violín. La forma en que la pequeña roseta se apretaba y relajaba delataba que trataba de expulsar el pequeño consolador en un intento

de deshacerse del bochornoso testimonio. Casi me dio lástima, casi, pero mi irritación porque tratara de desobedecerme fue mayor. Se lo volví a insertar, acariciándole el escroto. Una vez, dos veces, tres... Cambié el modo de vibración dejándoselo metido y le quité la venda de los ojos para que pudiera ver a nuestras invitadas. Dos enormes parches rojos aparecieron sobre sus mejillas al darse cuenta de que eran mujeres. ¡Era tan fácil leerle a través de sus expresiones!

—Son guapas, ¿verdad? —El color rojizo se extendió por el resto de su rostro, adquiriendo un tono más intenso al sustituir el vibrador por uno anal algo más grande, que le inserto hasta el tope de seguridad, ajustándole la vibración a una que imitaba un polvo lento y concienzudo con empujes aleatorios—. Buen chico —le alabé por la ausencia de quejas a pesar de lo consciente que era de que la presencia de testigos le estaba turbando—. Te mereces un premio, bebé. ¿Qué te gustaría?

—Lo que decidas... Mami.

Le acaricié el pelo y le sequé algunas gotitas de sudor que habían comenzado a cubrirle la frente.

—Hacedle un griego y atended también a sus huevos —les ordené a las mujeres sacándole el *dildo* a Roberto.

Apenas necesitaron unos minutos en conseguir que él reptara por el colchón y zarandeara de sus ataduras, alzando su trasero para que ellas pudieran follarle con sus lenguas y atrapar sus pelotas entre sus labios para succionar de ellas.

—¡Basta!—ordené con firmeza en cuanto era evidente que estaba acercándose al orgasmo.

Las mujeres se apartaron con barbillas empapadas de un Roberto cuyos gimoteos sonaban desesperados.

—Mami... por favor.

—Gírate. —Le deshice las ataduras de muñecas y pies solo para volver a atarlo en cuanto quedó bocarriba.

Le acuné la cara y le obligo a mirarme.

—¿A quién le perteneces, bebé?

—A ti, Mami.

—Eso significa que tu polla y tu leche también me pertenecen, ¿verdad?

Él gimió torturado.

—Sí, Mami.

—En ese caso, bajo ningún concepto te correrás, ni desperdiciarás la

leche que me pertenece en otra. ¿Entendido? Las pupilas de Roberto se dilataron aún más de lo que ya lo habían estado.

—Sí, Mami —musitó sumiso.

—Colócate entre sus piernas y empléate a fondo con la boca —le pedí a Thais, la prostituta—. Tú, ven aquí —le indiqué a Ana, quien me acompañó a un lado de la cama.

Con un ojo sobre ella y el otro sobre Roberto, cogí una gruesa cuerda y fui envolviendo a Ana con ella, haciendo nudos aquí y allá hasta tenerle inmovilizados los brazos y sus pechos asomados lujuriosamente por entre las brillantes cuerdas rojas.

Le tiré un cojín sobre el suelo para que se arrodillara ante el sillón, apoyando el tronco sobre él para darme acceso a su delicioso trasero. Con algo de lubricante y paciencia, fui trabajándola hasta que de la bala vibradora que había escogido para ella solo quedaba el fino hilito negro colgando de su vagina. Dejé el mando a distancia encendido sobre la mesita junto al de Roberto. La última bala la reservé para la prostituta, afanada en tragarse el grueso miembro hasta hacerlo desaparecer entre sus labios algo hinchados, arrancándole gemido tras gemido a mi dócil nene. No se resistió a mis caricias íntimas, ni a mis dedos cuando la fui preparando y hasta empujó su enorme trasero hacia atrás con un ronroneo al introducirle el juguete.

Después de entregarle a Roberto los dos mandos a distancia que controlaban los consoladores de las mujeres, me senté en el sillón frente a la cama y sin apartar el látex que cubría mi sexo abrí los muslos para permitirle el acceso a Ana.

Probablemente no me hubiera hecho falta que estuviera arrodillada ante mí. Ya estaba lo suficientemente húmeda como para montar a Roberto y tomar lo que él me había ofrecido, pero ¿a quién le amarga un dulce? Me excitaba reconocer el sufrimiento en el juvenil rostro masculino, su lucha por no correrse, la forma en que las otras, mis putas particulares, entornaban de vez en cuando los ojos con un extenso mmmmm... o la forma en la que todos movían sus traseros, pero tenía claro que cuando fuera a sentarme sobre él, sería para correrme, y que si pretendía hacerlo antes que él, lo mejor era aceptar la ayuda de Ana para que me acercara lo más posible al orgasmo.

Los ojos oscuros de Roberto no se despegaban de mí. Ana restregó sus mejillas contra la parte interna de mis muslos y el liso látex. Le encantaba el látex y se había convertido en una especie de fetiche para ella durante nuestros encuentros. Le aparté algunos mechones de la cara y enredé su cabello

alrededor de mi mano para guiarla hasta donde necesitaba que fuera. Otras veces le daba tiempo de seducirme y darme placer, no así aquella vez. No era ella, sino Roberto quien se había convertido en mi obsesión.

El primero contacto de su lengua consiguió que mi espalda se arqueara y que mi pelvis se alzara y saliera a su encuentro. Su gemido se entremezcló con el mío, aunque era muy probable que fuera por el firme agarre que ejercía sobre su cabellera.

Roberto no perdía ni un solo detalle desde la cama. Sus brillantes pupilas se habían convertido en dos agujeros negros que parecían absorberlo todo llenos de voracidad. Con la intención de satisfacer su declarada vena de voyeur, aparté el látex y me abrí los labios mayores para dejarle observar cómo la rosada lengua de Ana aleteaba alrededor de mi hinchado clítoris.

—Mami... —La suave llamada cargada de ruego y desesperación viajó a través de mis terminaciones nerviosas hasta llevarme al éxtasis allí mismo.

Con las escasas energías que me quedaban, tiré de la melena de Ana para apartarla de mí.

—Chúpale sus pezones.

La ayudé a levantarse y me acerqué a la cama. Aguardé a que Thais, que seguía concentrada en su mamada se apartara para dejarme sitio. La mirada enfebrecida de Roberto se mantenía sobre mí, con una voracidad desesperada y el silencioso ruego de que le diera el permiso para calmarla.

Me senté sobre él, le sujeté por la base de la erección y bajé despacio, disfrutando milímetro a milímetro de la forma en la que me estiraba y llenaba. Estaba decidida a obligarle a que aguantara un poco más y no dudaba en presionarle una y otra vez justo debajo del glande para retenerle sus ganas.

La forma en la que ambas mujeres se lanzaron sobre sus pezones chupándolos con frenesí resultó ser tan morbosa como inesperada. Parecían alimañas dispuestas a devorarlo y justo aquella idea fue la que me lanzó a la cima. Con un interminable grito de guerra ondulé mis caderas montándolo como una amazona que cabalga hacia la batalla con la intención de ganar y conquistar.

—¡Ahora! ¡Córrete para mí, bebé!

Con un aullido ronco, Roberto se arqueó bajo las hambrientas bocas femeninas y me entregó su ardiente ofrenda.

No le di tiempo de recuperarse.

—Apartaos —les ordené a las chicas, quienes me dejaron vía libre para sentarme a horcajadas sobre la cara de Roberto. Parte del semen que goteaba

de mi vagina cayó en su boca abierta y con mis dedos esparcí el resto para cubrir mi clítoris. No hubo titubeos por parte de él. Devoró lo que le ofrecía con la fruición de un gourmé—. Seguid chupádosela hasta que no pueda más —ordené con una voz tan áspera que ni yo misma la reconocí.

Roberto se revolvió con un gemido, tratando de apartarse de las exigentes bocas que le mamaban como si pretendieran desgastarlo a lametadas. Le agarré por el cabello y lo apreté contra mi clítoris, recordándole su misión hasta que me corrí en generosos chorreones en su boca y cara y él me acompañó, dándoles de comer a las chicas.

Al deslizarme exhausta sobre la cama, no pude más que sonreír cuando él buscó mi pezón con su boca y calmaba la ansiedad que le producían Ana y Thais, que seguían haciéndole sufrir con sus bocas.

No importaba lo que hiciéramos o con quién. Existía una certeza que siempre nos acompañaba: Roberto era mío y yo no tenía ni la más mínima intención de permitirle que lo olvidara.

TRES



Concierto

Cuando Roberto entró en el sótano, miró extrañado las diferentes pantallas de televisor y los ordenadores. Imagino que no le habría gustado saber que uno de mis esclavos ocasionales se pasó aquella mañana montando los equipos a cambio de una ración de humillación y dolor, aunque en realidad no debería importarme. Roberto aceptó ser mío sin ningún tipo de exigencias a cambio y, a pesar de que evitamos hablar de ello, sabe que tengo otros amantes.

Desnudo, tomó asiento en la silla de terciopelo colocada en el centro de la amplia sala y se colocó el violonchelo entre las rodillas. La expresión de su rostro cambió en cuanto cogió el arco, como si el Roberto músico fuera una persona totalmente diferente a su yo normal. Me pidió permiso con la mirada para comenzar y esperó mi asentimiento.

Me eché atrás en la *chaise longue*. Aquel era uno de los muchos placeres con los que solía obsequiarme. Me encantaba oír su música. Cerré los ojos y me dejé llevar. Perdí la noción del tiempo y me olvidé del motivo por el que lo había citado allí. Algo fácil con la dulzura y pasión con la que era capaz de impregnar los acordes.

No fue hasta varias piezas más tarde que estuve dispuesta a sustituir el etéreo placer de la música por otros más carnales. Sin interrumpirlo, encendí uno a uno los aparatos electrónicos que nos rodeaban. Pantalla a pantalla fue apareciendo Roberto interpretando a Bach desnudo para mí, Roberto sometándose a mí, Roberto grabándose para mí mientras se masturbaba, la forma en la que se retorció al correrse... La estancia entera se fue llenando de Roberto en los diversos momentos que habíamos compartido o que había

grabado expresamente para mí.

Notas de música, jadeos, gemidos y órdenes se fueron entremezclando con la música de su violonchelo que sonaba cada vez más descoordinado.

—No pares —le ordené recreándome en las diminutas gotas de sudor que fueron apareciendo en su frente y en la manera en la que se movían los músculos de sus brazos y pectorales al tocar.

En la pantalla a su derecha su torso se elevaba en un agónico gemido, a su izquierda sus dedos se movían sobre su erección a un ritmo trepidante que iba ganando en urgencia y, detrás de él, me rogaba para que le dejara correrse.

Incapaz de resistirlo fui acariciando mi escote y las curvas que trataban de escapar del apretado corsé. Para cuando mis manos se deslizaron bajo la falda, mis muslos ya se encontraban húmedos. Me levanté y recorrí la habitación incrementando el volumen de las grabaciones de una en una. Pasé a su lado rozándolo, restregando mis senos contra sus hombros, mordisqueando el lóbulo de su oreja, arañando su pecho y lamiendo la comisura de sus labios y él, como le había ordenado, continuó deslizando el arco sobre las cuerdas. Lo hizo incluso cuando alargué mi mano hasta la parte baja de su vientre e inserté mis dedos en la oscura mata de vello que le había dicho que dejara crecer para mí por el exclusivo capricho de poder tirar de él y de afeitarlo cuando quisiera.

Hiciera lo que le hiciera, él siguió tocando, acompañado de sus propios gemidos y jadeos. Incluso cuando me abrí camino entre sus brazos y lo monté, siguió como pudo conmigo balanceándose sobre él, usándolo como mi juguete personal hasta correrme en calientes chorros sobre él.

—Ahora, córrete para mí —le susurré al oído.

El violonchelo cayó al suelo y Roberto echó la cabeza atrás sujetándose a la silla mientras su cuerpo convulsionaba.

Lo abracé y acaricié hasta que su corazón recuperó su ritmo tranquilo y pausado.

—Gracias, Mami.

Sonreí y le acaricié las acaloradas mejillas.

—¿Alguna vez me hartaré de tus labios hinchados cuando te excitas? —Se los mordisquea y lo bese, con uno de esos besos prolongados y tiernos que sé que tanto le gustaban al finalizar.

Al levantarme esperé a que él se pusiera de rodillas para que acabara lo que había empezado, lamiéndome para limpiar los rastros de su semen.

—Apaga todos esos trastos y regresa a tu instrumento. Quiero oírte en la

bañera.

Roberto se encargó de dejar la casa en silencio y de rodearme de una melodía dulce y romántica al sumergirme en el agua caliente. Esa era una de las ventajas de tenerle como mi sumiso dispuesto a complacerme las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Después de todo, era mío.

CUATRO



Dependencia

Desde el principio, con Roberto todo fue diferente. Más que con ningún otro, con él traté de hacer las cosas bien. Intenté devolverle su libertad, animándole a salir con chicas de su edad, experimentar otro tipo de relaciones y, quizás, enamorarse de alguna de ellas. Aunque imagino que cuando un animal lleva demasiado tiempo en una jaula de oro, llega un momento en el que ya no sabe vivir fuera de ella y eso es algo que ambos descubrimos la tarde en que me lo encontré llorando en los escalones de salida de mi trabajo.

Obsesionada porque nadie lo descubriera lo metí en mi coche antes de hablar con él.

—¿Qué ocurre, cielo? Ey, mírame.

Creo que fue la primera vez en todo el tiempo que llevaba conmigo en que tardó en obedecer una orden. Cuando alzó la cabeza, toda la desolación y el dolor estaban allí, reflejados en sus ojos.

—No puedo hacerlo.

—¿Qué es lo que no puedes hacer?—Le sequé las lágrimas con un pañuelo de papel.

—Estar con otras, no puedo.

Aún recuerdo cómo fruncí el ceño sin acabar de entenderlo.

—Claro que puedes. No tiene que ser la primera, ni la segunda y puede que ni siquiera la tercera. Ningún hombre nació sabiendo seducir a una mujer. Todos tenéis que pasar por esa fase para aprender.

Él sacudió la cabeza.

—No, no lo entiendes. Yo estaba con Sonia, la tenía desnuda en mi cama,

pero no podía. No me ponía. La única en la que era capaz de pensar era en ti. ¡No puedo hacer lo que me pides!

El coche quedó inundado de un tenso silencio, apenas interrumpido por alguno de sus ocasionales sollozos. Por él, porque ya lo había dicho todo y por mí, porque no tenía nada que pudiera decirle. Me sentía culpable. Culpable por haber permitido que él llegara a esa situación, pero también me sentía extrañamente feliz y ligera. Roberto me quería y acababa de demostrarme que yo era la mujer más importante en su vida, la que de verdad le importaba. Por muy mal que estuviera, sentía una secreta satisfacción por haber llegado a tan alto cargo en la vida de alguien. Puede que eso fuera lo que hizo que en vez de mantener la compostura e insistir en que sí que podía estar con otras mujeres, me limitara a llamarlo a mi regazo.

—Ven aquí.

Roberto colocó su tronco sobre mi regazo y apoyó la cabeza sobre mí.

Le acaricié sus aterciopeladas mejillas blancas, le aparté algunos mechones de su rostro y me abrí la blusa para darle de mamar a mi nene.

Roberto sabe agasajar mis pechos con la dosis exacta de hambre y admiración que convierten sus lametazos y besos en toda una experiencia sensual. Con mi pezón atrapado en su boca, y su lengua dibujando la areola, le abrí la bragueta para alcanzar su miembro con mi mano. Bombeándolo con delicada firmeza le exigí que se entregara a mí y así lo hizo. En aquel aparcamiento público estuvo enganchado a mi pezón, retorciendo sus caderas, hasta que el semen espeso y caliente cubrió mi mano y se la llevé a la boca para que la limpiara.

Aquella fue la última vez que ninguno de los dos habló de aquel tema. Ambos lo tenemos asimilado. Era mi bebé y eso significaba que me pertenecía con todas las consecuencias y con todos los derechos que él mismo me había otorgado sobre él.

Juego II

ANA



CINCO



Ana

*M*adre, ama de casa, casada. Es la mujer ideal. Si alguna vez he conocido a una capaz de parecerse a los modelos estereotipados que se reflejan en los anuncios publicitarios, entonces es ella. Siempre va bien peinada, sin un solo pelo fuera de su sitio, del mismo modo que su hogar se encuentra inmaculadamente ordenado y resplandeciente.

En su anatomía no sobra ni un gramo lo que, entre otros motivos, se debe a que eso le permite comprarse la ropa que necesita para mantener su apariencia elegante y sofisticada, acompañada de sus siempre presentes sonrisas de educada amabilidad, que son famosas entre aquellos que la conocen.

Tal vez sean esos motivos los que han conseguido que mi mayor pasión respecto a ella sea la de romper esa fachada de perfección. No hay mayor satisfacción que la de astillar esa férrea disciplina, sofisticación y control, para convertirla en una sudorosa masa temblorosa, despeinada, con la máscara de pestañas corrida, el carmín extendido fuera de su tentadora boca, manchas rosadas cubriendo sus mejillas y escote, los muslos brillantes y el ambiente impregnado con el olor decadente de su sexo.

Ella detesta que le haga todo eso. Me odia por ver más allá de la fachada que procura mostrar a los demás, pero, aun así, regresa una y otra vez a mí porque sabe que soy la única con la que de verdad puede ser quién es y quien no la juzga por lo que desea, ni siquiera cuando quiere ser tratada como una puta.

¿A alguien le extraña que me encante que me odie y que mi mayor disfrute durante nuestro tiempo juntas sea conseguir que ese odio crezca?

SEIS



El derrumbe

*M*i primera vez con Ana fue algo inesperado, algo que no había deseado, buscado o que siquiera se me hubiera pasado por la mente. No es que no me gustaran las mujeres, ni tampoco que ella no fuera atractiva, sino que simplemente no era mi tipo. Era sublime en todo, de hecho, el tipo de fémica que nunca creí que pudiera existir hasta que la conocí a ella.

Si alguna vez criticaste como irreal a una mujer de un anuncio en la tele, que llevara ropa de diseñador, tacones y maquillaje para limpiar una casa que ya de por sí deslumbraba con su brillo, déjame decirte que te equivocaste (al igual que yo). Ese tipo de criaturas fantásticas existen, no sé cuántas o si ella es la única, pero Ana es justo así: la personificación de una empalagosa perfección.

¿Cómo apareció aquel día tormentoso ante el capó de mi coche consiguiendo que casi acabe en la cárcel por asesinato involuntario? La respuesta es tan curiosa como irónica. Imagino que hay un karma después de todo. La culpa la tuvo su marido.

Tengo que admitir que después del frenazo y el susto que me llevé, lo único que consiguió que reaccionara fue el verla empapada, llorando y el pensar que la culpa de lo que le ocurría era mía. Infinitos sollozos y lágrimas después, algún que otro griterío histérico cuando le ofrecí llevarla a su casa y la necesidad de quitar mi coche del centro de la calle, consiguieron que terminara por llevármela a mi hogar y que finalmente acabara por enterarme de que su esposo tampoco había podido con tanta perfección y había caído en la cama de una secretaria considerablemente más carnal y humana.

Con la tranquilidad de que mi alma no fenecería en el infierno de los despistados y malos conductores, conseguí meterla en la bañera con la esperanza de que se relajara y volviera a entrar en calor, mientras yo me duché en el baño de invitados y me puse un pijama seco.

Quizás resulte paradójico para algunos, pero las dominatrices solemos ser bastante empáticas. En mi caso de una forma exagerada. Imagino que eso es lo que me ayuda a ofrecerle a cada uno de mis amantes lo que necesitan a pesar de lo diferentes que son entre sí. No se trata meramente de perversión, sino de conocerlos, comprenderlos y de la capacidad de adaptarte a ellos.

Mi consejo en los casos de aquellos que están con un Dom o Domina que solo piensa en él o ella misma es: huye lo más lejos que puedas porque, incluso en tu papel de sumiso, te mereces algo mejor.

Y volviendo a mi primera vez con Ana...

Cuando regresé con ella, seguía en la bañera, pálida e inmóvil, contemplando una mancha indefinida de los azulejos. ¿Qué se le dice a una persona a la que se le acaba de derrumbar su jodido mundo de ensueño? ¿Espabila, que hay más pitos que setas por el mundo?

Acabé por colocar el taburete al lado de la bañera y me senté junto a ella.

—¿Cómo te encuentras? —Fue lo peor que podía haber preguntado por la manera en la que ella rompió a llorar—. Hey, pero no llores...

—¿Que no llore? Cuando tu marido te ponga los cuernos con una secretaria de tres al cuarto cuyas únicas virtudes son sus tetas, la boca y la *clase* de una fulana barata, vuelve a mencionármelo. Mientras tanto, no me digas lo que tengo que hacer o no.

Estuve por espetarle que la fulana probablemente tenía mejor educación que ella, pero me limité a apretar los labios y a inspirar profundamente. Había estado a punto de atropellarla y estaba llorando en mi bañera, lo mínimo que podía hacer era conseguir que llegara a la puerta de mi casa con la cabeza sobre los hombros.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunté rogándole al universo porque no me tocara a mí tener que aguantar las quejas de una niñata rica que debía rozar los cuarenta.

—No quiero ni pensar en ello.

—Bien. —Controlé el suspiro de alivio para que ella no lo notara—. En ese caso no lo hagas.

—¿Y cómo se hace eso?

Fue el cansancio y la derrota en su voz la que me llegó al alma y consiguió

que le perdonara su exabrupto anterior.

—Tengo una noticia para ti. Eres la afortunada ganadora de una sesión de spa privado.

Ana alzó una ceja y soltó una mezcla entre sollozo y carcajada. Yo, por mi parte, saqué mi arsenal privado de autocomplacencia: velas perfumadas, música de fondo con un jazz sensual, una copita de Bailey, jabón con olor a vainilla y un par de manoplas.

Aunque no pareció muy impresionada por mi despliegue de velas en el baño, tampoco se quejó cuando apagué la luz. Le ofrecí el vaso de whisky irlandés que olisqueó a regañadientes y después de probarlo tomó un par de sorbos antes de soltarlo. Le acomodé la cabeza sobre el filo de la bañera con una toalla enrollada y tras mojar una de las manoplas en el agua caliente, se la coloqué sobre los ojos.

—Y ahora dedícate simplemente a centrarte en tus sentidos. Si dentro de unos minutos sigues sin poder hacerlo me avisas.

Aunque pueda parecer lo contrario, no trataba de seducirla, mi único empeño en aquellos primeros instantes era conseguir que dejara la mente en blanco y que se limitara a sentir.

Le masajé la palma de la mano con jabón, le pasé la manopla por brazos y piernas en largas pasadas, tomándome mi tiempo en cada una de sus extremidades. Le amasé los hombros y el cuello con mis manos embadurnadas en aceite jabonoso y acabé por quitarle la alcachofa a la manguera de la ducha para proporcionarle un masaje con el fuerte chorro.

En el momento en el que pasé el chorro por su estómago me di cuenta de que algo había cambiado. Quizás fueran sus labios entreabiertos y la forma en que tomaba pequeñas inspiraciones como si tratara de controlar sus gemidos, o tal vez el modo en que se sujetaba al borde de la bañera, o puede que fuera por el gesto con el que alzó de inconscientemente sus caderas.

De repente, me fijé en el brillo húmedo de sus jugosos labios, en el tinte rosado que habían adquirido sus mejillas y escote, y en cómo sus pechos, pequeños pero redondos poseían los pezones más largos que jamás había visto y que despuntaban erectos e hinchados bajo el agua.

Comencé a verla como una mujer de carne y hueso, un cuerpo lujurioso que se encontraba ante mí desnudo y, al menos en apariencia, mucho más dispuesto de lo que nunca me habría atrevido a soñar.

Debería haber salido de la habitación y haberme aclarado la mente, pero me pudo mi parte perversa, esa en la que necesito poner a prueba las

reacciones de los demás y tentarlos con la intención de descubrir sus límites. Le dibujé un intrincado dibujo de gel de baño sobre su escote y pechos y tuve la cara dura de esparcirlo con mis dedos, usando gestos suaves y tímidos al principio, que fueron tornándose más exigentes a medida que ella fue arqueándose para ofrecérmelos.

¿Era consciente de lo que hacía? Tal vez se lo debería haber preguntado.

Le enjuagué los pechos con el chorro de la manguera y fui trazando círculos cada vez más pequeños, hasta que sus pezones terminaron bailando bajo la fuerza del agua.

Tengo que admitir que Ana se corrió bastante más rápido de lo que había esperado, o deseado, cuando bajé el chorro hasta su clítoris y tomé uno de sus pezones mojados en mi boca. Fue tan precipitado que me negué a dejarla ir así sin más.

Levantándome cogí una toalla grande.

—Sal.

Puede que me obedeciera porque, como luego descubrimos, era una sumisa natural en la cama, o puede que lo hiciera por su incapacidad de afrontar lo que acababa de pasar, la cuestión es que la sequé y la llevé desnuda ante la chimenea de mi salón. Saqué una cuerda de seda y la fui atando a su alrededor con nudos aquí y allá, hasta dejarla inmóvil, convertida en una bella larva, en la que el rojo vivo que la envolvía contrastaba con su inmaculada piel blanca.

No se quejó ni de la forma en la que fui envolviéndola en las cuerdas, ni de mis caricias, ni de mis besos y lametones al repasar los tramos de piel que seguían libres, ni muchísimo menos cuando la incorporé y apoyé sobre mi mientras situé un vibrador contra su clítoris, sujetándola y acariciándola hasta que acabó por gritar su éxtasis sin que le importara ni lo más mínimo el que alguien pudiera oír su vocerío.

Yo fui la primera a la que no le importó, porque tenerla retorciéndose, sollozando y gimiendo en mis brazos hasta convertirla en una débil masa temblorosa, fue una de las experiencias más satisfactorias e íntimas que he llegado a compartir con una mujer.

Supongo que debería haberme esperado que *Doña Perfecta* no pudiera dejar las cosas como estaban y que se sentía en la obligación de devolverme semejante favor cuando la liberé de sus ataduras.

Con torpeza me quitó la ropa y con más torpeza aún me magreó los pechos y mi sexo, dejando claro que jamás había estado antes con otra mujer. En algún que otro momento incluso llegué a dudar que hubiera podido estar con un

hombre y tuve que recordarme que era imposible teniendo en cuenta que tenía dos niños pequeños.

No me quejo de su inexperta torpeza. En el fondo consiguió excitarme hasta el punto de que, para cuando ella enterró su rostro entre mis muslos, más que húmeda, lo que tenía era un océano alojado entre ellos. Mi orgasmo barrió a través de mí de una forma explosiva e intensa, tanto, que aquella noche hicimos varias veces el amor ante la chimenea. Y no, no recuerdo si fueron tres, cuatro o cinco, solo que nuestros cuerpos se restregaron entre ellos, marcándose mutuamente con una fragancia primitiva, jodidamente sensual, y que acabó quedándose dormida exhausta allí mismo, sobre la alfombra de pelo sintético ante la chimenea.

A la mañana siguiente despertó sobresaltada, asustada de su propio «yo» y se largó de mi casa sin un triste adiós, un «te llamaré» o un patético «no se lo cuentas a nadie» que me hubiera permitido chantajearla un poco para repetir una de aquellas fantásticas sesiones con las que habíamos estrenado nuestra propia maratón.

No la retuve, ni traté de volver a contactarla. Me había impactado aquel extraño e imprevisto inicio con una persona a la que ni siquiera había deseado hasta aquella tarde. No era algo normal en mí. Me gustaban *algunas* mujeres y de entre las pocas capaces de excitarme y con las que me gustaba follar muy de vez en cuando, ninguna me había provocado sentimientos tan contradictorios e incomprensibles como aquellos con los que me dejó ella.

Ana apareció cuatro días más tarde ante el umbral de mi casa, con los ojos enrojecidos y profundas ojeras. Lejos de contarme su infelicidad con el cabrón de su marido o la puta barata de su secretaria, me acusó a mí de haberle jodido la vida y me dejó claro que me odiaba.

Hablamos y follamos, no precisamente en ese orden. Ana siguió con su falso matrimonio perfecto y su vida (no tan) ideal y yo la ayudo a odiarme un poco más cada vez que viene a buscarme, mostrándole que ni siquiera ella puede ser intachable en todo.

SIETE



Muñeca humana

Existe un motivo por el que el látex se ha convertido en un objeto de fetiche y está cargado de morbo. Es su tacto contra la piel desnuda, la forma en la que te permite percibir cada roce, cada caricia, en la que deja traspasar el calor de una boca húmeda, y en la percepción de ti misma cuando lo usas. Si además enfunda una figura como la de Ana: femenina, con las curvas justas para hacer el recorrido interesante y dotado de una sofisticada esbeltez, el conjunto acaba convirtiéndose en un juego de sensualidad, sensaciones y morbo.

Existe algo fascinante en los enormes ojos verdes de Ana cuando te contempla expectante a la espera de tu próxima orden, tanto que procuro ponerla a prueba con cada una de ellas...

—Desvístete despacio para mí y sedúceme con tu inocencia. —Me echo hacia atrás en mi sillón como se merece el espectáculo.

Ana es de ese tipo de personas que necesita un periodo de calentamiento que le permita ir perdiendo la vergüenza y soltarse el pelo para darlo todo de sí. Una seducción lenta y pausada que la despierte y rompa ese cascarón un tanto frío que le otorga su yo perfeccionista. Eso es lo que me encanta de darle una orden que la saca de su zona de confort nada más empezar. No hay nada más erótico que presenciar cómo una mujer segura de sí misma de repente se ruboriza y se despoja con lentas caricias, capa a capa, permitiéndote atestiguar en sus ojos esa vulnerabilidad íntima y secreta que mantiene oculta ante el resto del mundo.

Eva es así al desnudarse, femenina, tímida, vulnerable y sensual. Sus largos dedos tiemblan al abrir los botones de su blusa y por la forma en la que

cierra los ojos al deslizarla por sus hombros puedes imaginar el tacto aterciopelado de su nívea piel. Casi sientes de qué forma va entregándose más y más al juego, hasta quedar inmersa en él y el personaje que representa.

Me excita. Me excita de una manera en que ningún hombre lo ha logrado nunca, porque Ana es única y diferente, al igual que su sensualidad. Sigo el recorrido de sus elegantes dedos al trazar sus pechos. Los amasa y achucha sin indulgencia, consiguiendo que a los míos los cubra un incitante cosquilleo, pero la cosa no finaliza ahí. Cuando sus uñas dibujan sus pezones, son los míos los que siento hinchados, cuando su mano se desliza por su vientre bajando con parsimonia hasta el vértice entre sus muslos, es mi clítoris el que se irgue hambriento y lleno de expectación.

—¿Estas húmeda? —La aspereza de mi voz me delata.

Los ojos verdes se abren y el tono rosado de sus mejillas toma un matiz más oscuro.

—Sabes que sí —murmulla avergonzada, como si le costara admitirlo.

—Acércate y muéstramelo.

Se detiene a apenas un paso de mí. Sus dedos tiemblan al abrir sus pliegues para descubrirme su sexo de un carmín brillante, del que asoma orgulloso su clítoris. Espero. Me recreo en la tentadora vista y, sobre todo, en el creciente nerviosismo de Ana que, conociéndola, no tiene ni idea de lo que esperar o qué hacer.

El miedo, la expectativa y la incertidumbre pueden llegar a ser afrodisíacos para algunas personas, y Ana es una de ellas. Hasta el punto de que cuando al fin uso una uña para repasarle con tortuosa lentitud el diminuto montículo que me muestra, las rodillas de Ana ceden visiblemente y continúan haciéndolo a medida que mis dedos se hunden en la espesa humedad que me aguarda. Me basta observar la evidencia de su excitación para que mi vagina responda contrayéndose.

Me inclino hacia ella y no le ocultó la forma en que inhalo su aroma especiado, camuflado en parte por el suave olor a jabón de melocotón que ella suele usar para complacerme. Recorro su sexo brillante con mi aliento disfrutando con sus gemidos acallados y soplo sobre su clítoris, a lo que ella se arquea echando la pelvis hacia delante.

Me levanto y ella permanece quieta, al tanto de lo que espero de ella.

—Cierra los ojos.

Cojo el bote de aceite aromatizado que tengo a mano para embadurnarle el cuerpo y preparar su piel antes de cubrirla con látex. Que la finalidad sea

práctica no significa que no pueda disfrutar del proceso y de la oportunidad de explorar a la mujer que se ha entregado a mí. Ella debe de pensar lo mismo por la forma en que jadea al amasarle las nalgas y deslizar mis manos entre ellas, o cómo gime al embadurnar sus pechos.

Sacó la bala vibratora de su estuche y la enciendo unos segundos con el fin de que ella oiga el bajo ronroneo. La facilidad con la que le entra cuando se la inserto en la vagina delata lo preparada que está. Pruebo el mando a distancia y por el modo en que Ana se encoge con un largo jadeo, no necesito preguntarle nada más. Con lo que lo vuelvo a apagar el aparatito antes de ir a por el mono enterizo de látex.

Ana se convierte en una muñeca bajo mi voluntad. La visto, la maquillo destacando sus labios con un rojo tan intenso que se convierte en el foco más llamativo en su rostro, le recojo el pelo y le colocó una peluca pelirroja que apenas le cubre la nuca y envuelve su cara.

Termino el ritual pintándole las uñas de los pies y colocándole unas sandalias con tacones tan altos que incluso a doña Perfecta le cuesta andar con ellos. Cuando al fin la giro ante el espejo sus labios se abren sobrecogidos.

—No parezco yo —musita sin aliento.

Me coloco a su lado y la estudio a través del reflejo. Tiene razón, no parece la Ana de siempre, enfundada desde el tobillo hasta el cuello en un brillante traje de látex, el atrevido maquillaje y el peinado corto de tonos rojos y anaranjados. La elegante y sofisticada doña Perfecta a la que estamos acostumbrados se ha convertido en una mujer morbosamente decadente. Sin poder evitarlo le repaso el contorno de los pechos y la pequeña línea que se adivina en el vértice de sus piernas. Al acercarme a su oído la noto tensa de expectación. Presiente que ahora es el instante al que iba destinado todo el ritual, pero dudo mucho que tenga ni la más mínima idea de por qué la he convertido en mi muñeca particular.

—¿A qué te recuerda esa mujer del reflejo? —pregunto disfrutando de su anticipación.

Ella duda y veo el movimiento de sus pupilas al repasarse de los pies a la cabeza. A pesar de su conmoción inicial es fácil notar que se halla fascinada con la persona que tiene enfrente.

—Una mujer sexi, libre y... puta.

Sonrío. En el fondo cada cual ve lo que quiere ver y ella no ha hecho más que contarme lo que espera ser.

Me pongo de puntillas para murmurarle al oído.

—Siempre eres sensual, aunque hoy lo estás aún más. Y sí, hoy eres una puta de lujo, una por la que unos turistas van a pagar una generosa cantidad para tenerla.

Ella alza la cabeza de forma brusca y en sus ojos detecto el miedo.

—Yo no...

—¡Shhh! —Le tapo los labios con un dedo—. Querías vengarte de tu marido, ¿recuerdas? Hoy lo harás. Te entregarás a un grupo de hombres para que te admiren, te acaricien y te adoren y les cobrarás por ello. Tu amado esposo se merece a la puta que serás esta noche, porque odiaría descubrir de qué manera le has puesto los cuernos, de la clase de cornudo en el que lo has convertido.

—Pero no sé si quiero acostarme con un grupo de hombres desconocidos. —Sus ojos me taladran—. No, no me apetece acostarme con ellos.

Tengo que apretar los labios para no sonreír divertida y en mi papel de dominatriz alzo una ceja.

—¿Y quién ha dicho que te acostarás con ellos?

—Yo... tú...

—Durante una hora y media podrán mirarte, acariciarte y besar tu cuerpo sobre el látex, tus zapatos y tus pies, podrán hacerte correr si pueden y atestiguar tu corrida, pero yo seré la única que te follará en esta ocasión. —Le aparto un mechón del cabello sintético de su mejilla—. Pero serás tú quien decida si quiere o no convertirse en una prostituta real. Voy a vestirme para ir a la fiesta. Eso te dará tiempo de esperarme en el zaguán si quieres acompañarme, o de quitarte el mono e irte.

Ni siquiera me da lugar de llegar hasta la puerta.

—¿Me prometes que no les dejarás hacerme nada más?

Me volteo lentamente hacia ella y la empujo hacia la pared atrapándola allí y acercando mi cara a la suya. Nuestros labios quedan separados por apenas unos milímetros dejándome disfrutar de la calidez de su aliento sobre mi tez. La beso sin cortesías, exigente, posesiva hasta que noto cómo su cuerpo va cediendo y adaptándose al mío. Separarme de ella me cuesta toda mi voluntad. Me importan un pepino los turistas japoneses y lo único que anhelo es follar con ella, aquí y ahora. Solo hay una cosa que me detiene de ceder a mis instintos más básicos: ella.

Ana necesita esas situaciones que la sacan de su zona de confort bastante más que yo, porque son las únicas que le permiten ser verdaderamente ella. Cuando me separo de ella ambas estamos sin aliento. Le paso el pulgar sobre

los labios esparciéndole el carmín a propósito, a pesar de que eso le estropea el maquillaje.

—No necesito prometerte nada, pero voy a dejarte claro una cosa: Durante nuestros juegos eres mía, mía para proteger y mía para follar. Si no quieres hacer algo lo respeto. Si no confías en mí deberías marcharte. Y ya que me lo has pedido, sí que te prometeré algo: nadie te follará esta noche, ni siquiera yo. Tu única oportunidad de correrte será en la discoteca. Lo que sí te exigirá antes de que llegue el amanecer será un resarcimiento por insultarme así y adivina qué, será contigo de rodillas. Y ahora, ya sabes dónde está la puerta si quieres irte.

La dejo a solas con sus pensamientos. La pelota está en su tejado y ella es libre de elegir.

Al salir ya vestida para la ocasión, Ana me está esperando en el vestíbulo con sus labios de nuevo de un rojo impoluto. La hora de la verdad ha llegado y las dos somos conscientes de ello.

Al entrar en la fiesta, Ana llama inevitablemente la atención. Me habría extrañado que no lo hiciera, aunque ella aparentemente no se lo esperaba. Para mi sorpresa, en vez de esconderse, termina por crecerse notoriamente.

—Ve a la pista y baila hasta que te avise. Recuerda que eres una prostituta de lujo, compórtate como tal.

Tras un leve titubeo Ana se dirige al centro de la pista de baile. Su baile es digno de una *gogó* profesional y el látex que moldea su anatomía no deja demasiado a la imaginación.

—Es todo lo que prometiste y más —murmura mi amigo David al aparecer a mi lado.

—Fuiste mi mascota. ¿No deberías estar al corriente de que suelo cumplir todo lo que prometo?

Él se inclina en señal de respeto.

—Tiene razón *Lady*. Perdóneme por mi descuido. Y permítame decirle que no se hace una idea de cuánto echo de menos esos momentos con usted.

Lo miro y suelto un bufido.

—Tu esposa no se merece que la engañes. Te lo ha dado todo. No te la juegues de una manera tan estúpida.

—No todo —murmura con añoranza y aparta la mirada. Yo, por mi parte, observo cómo se desenvuelve Ana sobre la pista. Lo está disfrutando, se está excitando y de paso, va dejando tras de sí un sendero de tipos calenturientos que no hacen más que admirarle el trasero y los pechos mientras tratan de

acercarse lo suficiente a ella para que los roce en su siguiente movimiento de caderas—. ¿Y si mi mujer lo comprendiera y me concediera el permiso para que pudiera visitarla alguna vez a servirla, *Lady*?

—¿Y estarías dispuesto a servírmela a ella en bandeja si fuera eso lo que te pidiera? —Pregunta equivocada con el hombre equivocado. Los parches rojos en su tez me revelan más de lo que habría querido. Los conocía de nuestras sesiones y siempre los había usado como indicio para determinar si podía llevarlo más lejos. No es que David estuviera dispuesto a entregarme a su esposa, es que le excitaba la idea de que pudiera hacer con ella lo que se me antojara—. Consúltala. Explícale los términos, pero no se te ocurra aclararle quién soy. Si no acepta no me juzgará ni a mí ni a nuestra relación y si acepta..., entonces prefiero ver su cara de sorpresa cuando lo descubra.

—Lo que mi *Lady* desee. —David, titubeó y señaló al grupo de japoneses trajeados de mediana edad que acababan de entrar en la discoteca—. Creo que es hora del espectáculo.

Desde mi posición privilegiada en la sala privada puedo supervisar la escena completa. Los seis japoneses están repartidos por varios sillones y sofás alrededor de una mesa baja esperando que les sirvan unas bebidas. Ana, por su parte, está frotándose nerviosa las manos contra los muslos sin saber qué hacer ni cómo enfrentarse a los ojos expectantes de aquellos desconocidos que la admiran a la espera de que sea ella la que se acerque a ellos.

David es quien toma la iniciativa y la lleva a la mesa alargada que se encuentra ante los sofás y quien ayuda a Ana a tenderse. Me recuerda a esos rituales en los que se ofrece una virgen a los dioses, colocándola sobre un altar. Ana me da tanta lástima como me habría dado esa virgen cuando los hombres se limitan a contemplarla. No debería haberme preocupado, tan pronto el primero de ellos se atreve a cogerle el pie para restregárselo contra el rostro el resto de sus amigos se animan a seguir su ejemplo.

Los toqueteos inicialmente tímidos, pronto se convierten en atrevidos y exigentes y Ana en breve está contorsionándose y sujetándose con fuerza a la mesa. Mis labios se curvan al observar el modo en el que arquea la espalda ofreciéndole sus pechos a los hombres que se turnan con la intención de succionarlos y la manera en la que termina por alzar con un grito las caderas cuando uno de ellos pasa la lengua por la raja que se señala entre sus piernas.

Fascinada por la morbosa belleza de Ana, meto la mano en el bolsillo de mi chaqueta y aprieto el tierno botón del pequeño mando a distancia. La reacción de Ana es inmediata. Su cuerpo parece estar poseído por la forma en que se contonea y arquea la espalda. Los hombres, a su vez, se enardecen buscando mantener el contacto con sus tesoros, chupando y lamiendo sin cesar. No me habría importado llevar puesta mi propia bala vibradora al observar el delicioso espectáculo de Ana dirigiéndose en línea recta hacia la cima, pero no me queda más remedio que presenciar pacientemente que ella se arquee entre convulsiones mientras grita su orgasmo y que los turistas saquen sus pollas apuntándolas sobre ella hasta llenar su silueta enfundada de látex de un intrincado dibujo blanco que brilla y cambia de color a medida que las diferentes luces led de la sala van alternándose sobre ella.

En tanto que Ana permanece tendida contemplando con ojos grandes el techo y las rápidas elevaciones de su pecho revelan su respiración acelerada, cada uno de sus clientes deja sobre sus pechos un billete de cien euros, se inclina y se marcha en silencio. Hasta que no se ha ido el último, Ana no hace el intento de recoger las dádivas y sus ojos se abren incluso más, como si le costara creer que pudiera ser real, pero lo es, y ella acaba de convertirse en una prostituta real. Una leve sonrisa traviesa cruza su cara al mirarme. Me enseña los billetes y consigue hacerme sonreír a mi pesar.

Es mi turno. He cumplido mi promesa. Abro mis piernas y alzo mi falda. No necesita más instrucciones. Metiéndose el dinero en el escote, se pone a cuatro patas y gatea hacia mí.

En la cercanía veo todo aquello que no había podido apreciar antes: que sus ojos están resplandecientes y sus labios hinchados. Vuelvo a encender el vibrador y ella cierra los párpados por unos segundos, hasta que los abre, me mira, y mete la cabeza bajo mi falda.

Todo lo que hago por ella cobra sentido en ese pequeño y extraordinario segundo en el que su pequeña lengua se hunde entre mis pliegues. No importa lo que digan, no hay nadie como una mujer para darte placer con su boca.

Mis dedos se hunden en su cabello, más con el fin de sujetarse a algo y apretarla contra mi clítoris que con la intención de dominarla, pero ¿qué importa?

Lo que le importa a Ana no es lo que haga en realidad sino lo que ella cree que hago.

OCHO



Encuentro inesperado

A veces las cosas ocurren sin planificar y, a veces, esas ocasiones son las mejores... si sabes sacarles provecho, claro está.

En una ciudad de setecientos mil habitantes, ¿cuántas posibilidades hay de que te encuentres con alguien conocido un jueves por la tarde en un centro comercial que se encuentra en la otra punta de la ciudad?

Estaba tomando café cuando descubrí a Marcos sentado en otra mesa de la cafetería, con la cabeza agachada, entretenido con su móvil mientras de vez en cuando sus labios, demasiado finos para mi gusto, se estiraban en una sonrisa bobalicona que dejaba claro que no estaba conversando de negocios con quien fuera con quien estuviera escribiéndose.

Más que él, fueron las bolsas de la tintorería y la bolsita de la perfumería lo que hizo que mirara alrededor en busca de Ana con la tonta esperanza de encontrarla allí. Aunque poder verla desde mi mesita, escondida en un rincón de la cafetería, con las dimensiones que tenía aquel centro comercial era cuando menos improbable.

Encendí el móvil y busqué el contacto de Ana en el WhatsApp.

Yo: «Hola».

Para mi sorpresa la respuesta vino de inmediato.

Ana: «¡Hola!».

Yo: «¿Qué estás haciendo?».

Ana: «Estoy en la peluquería».

En mis labios apareció una sonrisa tan bobalicona como la que acababa de pescar en el rostro de Marcos. Alcé la mirada y busqué la peluquería que quedaba al otro lado del pasillo y, efectivamente, allí se encontraba Ana, con

una chica de uniforme secándole su preciosa melena rubia platino.

Yo: «Estaba pensando en ti».

A través del reflejo del enorme espejo presencié el modo en el que le cambió la expresión de una de puro tedio a otra de repentino interés.

Ana: «¿Y qué pensabas?».

Yo: «En que tengo ganas de tenerte desnuda contra la pared y de besarte. Me fascina como gimes con tu boca pegada a la mía y la forma en que aprietas tus pechos a los míos y restriegas tu coño contra mi muslo».

Sonrí con malicia. Basta mezclar una palabra vulgar y una mención a alguno de sus comportamientos descontrolados durante nuestros encuentros íntimos para que ella suela quedarse descolocada. Con mejillas encendidas, Ana comprueba que la peluquera no vea su pantalla y mi tentación por meterla en apuros crece.

Yo: «Echo de menos chupar tus tetas. Me encanta como rebotan cuando follamos».

Ana no contesta, pero veo sus ojos brillantes a través del espejo, en tanto echa ojeadas furtivas al móvil y se muerde los labios. Está distraída cuando asiente a algo a lo que le dice la peluquera. Justo lo que había pretendido.

Yo: «Hoy quiero que te corras en mi boca mientras te follo con mis dedos. La simple idea de cómo se contraerá tu vagina alrededor de ellos ya me tiene cachonda».

Por su cara, acabo de dejarla sin respiración.

Ana: «Te deseo».

Yo: «¿Cómo y cuánto?».

Ana cierra los ojos y, por un instante, no habría sabido decir si su expresión de placer se debía a que estaba analizando las sensaciones que experimentaba su cuerpo, o al hecho de que la peluquera le estaba secando el cabello de la zona de la nuca. Me eché atrás en la silla y tomé un sorbo de mi café. De algún modo, este tipo de espera a las reacciones de mis amantes siempre me ha relajado de una forma placentera. Una corta mirada en dirección de Marcos me revela que aún no se ha percatado de mi presencia. Debería haber algún tipo de compensación cósmica por ponerle los cuernos a un cabrón infiel. Como si el universo me hubiera escuchado suena la notificación del WhatsApp.

Ana: «Estoy húmeda y caliente, ansío sentirte y las cosas que me haces. Te odio, pero no consigo dejar de desearte, ni quitarme de la mente esa obsesión que me provocas».

Sus palabras consiguen que una ola de calor recorra mi vientre contrayéndolo, no obstante, no sería yo si le pusiera las cosas tan fáciles.

Yo: «Como puta que eres puedes hacerlo mejor». Un sorbo de café y un poco más de presión. «Estoy esperando».

Ana: «Te odio».

Yo: «Lo sé, pero sigues siendo mi puta y sigo esperando a que me complazcas».

Ana: «Estoy cachonda, necesito que me empotres contra una pared y me hagas rogarte que me folles. Quiero que me obligues, poder negarme y llamarte cabrona e hija de mala madre con la certeza de que te diga lo que te diga seguirás follándome hasta que me corra. Me excita cuando te pones así y me excita que me trates como una fulana, aunque no acabe de entenderlo. Me provocas sensaciones que nadie me ha provocado jamás y ya no sé si quiero y puedo vivir sin ellas».

Esta vez soy yo la que ha dejado de respirar y no sabe qué contestar. ¡Joder!

Yo: «¿Qué quieres ahora, en este instante?».

Ana respondió más rápido de lo que me había esperado.

Ana: «Quiero ser tu puta, aquí, ahora, en este mismo centro comercial».

Yo: «Recuérdalo cuando salgas de la peluquería. Y, por cierto, se me ha antojado que vayas a comprarte uno de esos vestidos lenceros que están en el escaparate de la boutique de la esquina».

Ignoro la siguiente notificación, tomo un último trago de mi café y pago mi cuenta. Al coger mis cosas me dirijo directamente a la mesa de Marcos que se halla tan enfrascado en su propia conversación que no se percata de mi presencia hasta que paro justo a su lado.

—¡Marcos, qué sorpresa verte por aquí! —La cara de compromiso del pobre hombre es un cuadro a pesar de que le he ofrecido mi yo más alegre y chillón—. ¿Y Ana, no está por aquí?

—Sí, sí, claro. —Marcos le echa una ojeada furtiva a su móvil y lo coloca bocabajo sobre la mesa—. ¡Qué casualidad encontrarte aquí!

Parece de todo menos feliz cuando tengo el descaro de tomo asiento frente a él.

—¿Y dónde está?

—Ah... eh... en la peluquería.

Su móvil vibra con una notificación, pero la ignora.

—Me gusta venir a este centro comercial es el único que alberga tantas

boutiques de calidad juntas y además tan grandes —le ofrezco la cháchara intrascendental que se les da a los conocidos con los que no se posee nada en común y de los que te importa un carajo lo que piensen de ti.

El bueno de Marcos podrá ser muchas cosas, cabrón, mujeriego y un capullo egocéntrico, sin embargo, me demuestra lo educado que es al aguantar mi cháchara con estoicismo. No puedo evitar pensar que sería divertido convertirlo en mi sumiso y enfrentarlo durante uno de mis juegos a la Ana sumisa que él desconoce. ¿Cómo de difícil sería? ¿Y qué probabilidades habría de que eso significara la pérdida de Ana?

—¡Hola! —La voz de Ana tembló y un profundo rubor cubría sus mejillas.

—¡Hola! Acabo de encontrar a Marcos tomando café. ¿No es una casualidad que nos encontremos aquí? —Me levanté a darle dos besos y aproveché para morderle el lóbulo de la oreja sin que su marido se diera cuenta.

—Sí... toda una... casualidad —balbuceó Ana.

Sonreí mirándola a los ojos.

—¿Ya terminaste? —Fue imposible no darse cuenta de la impaciencia de Marcos.

Ana le echó una rápida mirada para luego mirarme de nuevo a mí. Yo, por mi parte, arqueé una ceja.

—N...no. Yo... eh... quería comprarme un vestido que vi en el escaparate de la esquina.

—Voy contigo. ¿Te importa que deje aquí mis bolsas? —le pregunté a Marcos antes de que pudiera encontrar alguna excusa y llevarse a Ana de allí.

—No... claro que no —farfulló Marcos nada contento.

—Gracias. —Aproveché para llevarme a Ana de allí antes de que cambiara de opinión.

Hicimos el camino a la boutique en silencio y Ana dejó que yo eligiera las prendas sin poner ningún tipo de trabas. Al entrar en el probador colgué la ropa en la barra y me apoyé en uno de los espejos. Alcé una ceja cuando ella me miró y se humedeció los labios mirando perdida a su alrededor.

—¿A qué esperas? Pruébatelo.

—¿Me has traído aquí a probarme un vestido?

—¿Para qué sino? Ya te dije que quería que te compraras uno.

En sus ojos saltó una chispa de exasperación que me hizo morderme el interior de las mejillas a fin de no romper a reír. Apretó los labios y se quitó irritada su camiseta por encima de la cabeza. Por primera vez en el tiempo que

llevaba con ella no dobló su ropa con el cuidado tan característico en ella y la lanzó sin más sobre el taburete de madera de la esquina. Más que enojarme, su actitud me excitó. La falda siguió idéntico destino, dejándome comprobar que las medias de liga las reservaba para nuestros encuentros y que en su vida normal prefería los pantis.

Al alargar la mano con la intención de coger uno de los vestidos la detuve por la muñeca.

—Creo que aún no has terminado de desvestirte.

Sus ojos se entrecerraron y las ruedas en su linda cabecita casi podían oírse al comenzar a funcionar. El brillo en sus ojos cambió y al abrirse el sujetador por detrás me mantuvo provocativa la mirada.

—Gírate y mírate en el espejo para finalizar de desnudarte.

Ella obedeció y consiguió quitarse los pantis de la forma más sensual y erótica en la que podía hacerse.

Al estar completamente desnuda buscó mis ojos a través del reflejo esperando mis órdenes.

Por la forma en la que sus pupilas pasaron del vestido gris que escogí y el rojo, supongo que le sorprendió mi elección. ¡Qué poco me conocía aún! Puede que la provoque y la trate como a una puta, sin embargo, lo que me excita de ella es precisamente su sofisticación y elegancia y la posibilidad de quebrar a la «señora» en ella para liberar a la mujer perversa y atrevida que se esconde en su interior.

—Levanta los brazos.

El halo de tela cayó sobre su figura, ligero y etéreo, dejando traslucir sus pezones hinchados. Nada más verle la cara supe que había acertado y que, si a mí me resultaba absolutamente sexi y excitante imaginarla desnuda bajo la nada de seda, ella debía sentir un morbo muy similar al quedar apenas cubierta con la suavidad de la seda contra su piel.

La giré colocándola de espalda al espejo y tracé el contorno del generoso escote y el perfil de sus pechos, que iban subiendo y bajando a un ritmo cada vez más acelerado.

Recorrí el paso que nos distanciaba y pegué mi cuerpo al suyo. Apenas le permití reaccionar antes de presionar mis labios contra los suyos, desahogando toda mi hambre y lujuriosa ansia en nuestras bocas.

Fueron tantas las sensaciones... Su estrecha cintura bajo mis palmas, sus incitantes curvas femeninas, su olor dulce, el sabor a café sobre nuestras lenguas, la sedosidad de la tela, el morbo de estar en un lugar público en el

que podían oírnos y en el que lo único que nos separaba de ser descubiertas era una simple cortina...

Conseguí resistir a duras penas la necesidad de chuparle los pezones por encima de la tela, consciente de que tendríamos que pagarlo en la caja y que la humedad iba a delatar lo que habíamos hecho en el probador.

De modo que me conformé con deslizar uno de los tirantes por su hombro y tras liberar su pecho, me incliné a reverenciarlo como se merecía, como yo misma merecía, llenándome la boca con la aterciopelada piel, deleitada con la manera en que iba creciendo su pezón, atrapado entre mi lengua y mi paladar.

Al repetir el gesto con su otro pecho acabé por taparle la boca con mi mano para acallar sus gemidos.

—¿Ana? ¿Ana, estás ahí?

Las dos nos miramos alarmadas. Creo que la conmoción se me pasó tan pronto como le vi todas las oportunidades que tenía la situación. Con un guiño bajé por su anatomía y le alcé la falda.

Los ojos de Ana se abrieron aún más si aquello era posible, pero no puso obstáculos cuando mis labios tocaron su coño y mi lengua se abrió camino entre su raja.

—¿Ana?

—Sí... Sííí... cielo —medio jadeó Ana cuando también mi dedo se unió a la exploración.

—¿Te falta mucho?

—No, en absoluto.

Hubo tanta sinceridad en su respuesta que no pude más que sonreír contra su clítoris y añadir un segundo dedo a la inmersión en su resbaladiza vagina.

—¿Qué te falta?

—Un minuto... estoy... terminando de... probarme.

—Te espero aquí entonces.

Ana me miró horrorizada, a lo que yo me limité a poner un dedo sobre mis labios señalándole que se mantuviera en silencio y regresé a mi labor de atizar su clítoris con mi lengua a medida que mis dedos entraban y salían de ella marcando un ritmo firme y decidido.

¿En serio esperaba que fuera a pararme? ¿Qué había más morboso que obligarla a correrse en silencio con su marido al otro lado de una simple cortina? Ella debió de llegar a una conclusión semejante por la forma en que acabó por sujetarse a mí mientras sus caderas me ayudaron a marcar el ritmo y su vagina se contraía alrededor mis dedos.

No hizo falta que ella gimiera para reconocer el momento exacto en el que estalló su orgasmo. Sus movimientos se volvieron frenéticos y desordenados y los músculos de su vientre convulsionaron a medida que el ardiente líquido cubría mi mano.

—¿Ana, te encuentras bien?

Ana se dejó deslizar por el espejo con el vestido arremolinado por la cintura. La areola que asomaba por encima del vestido, mostraba un pezón tan oscuro y largo que habría sido casi imposible apartar la mirada de ellos a no ser porque su sexo entreabierto y brillante, en el que sobresalía su clítoris hinchado y sus muslos mojados resultaban aún más tentadores.

—¿Ana?

Los labios de Ana de repente se estiraron en una sonrisa pícaro. Se levantó, se reajustó el vestido y cogió el resto de la ropa que aún no se había probado mientras abría la cortina.

—Cielo, podrías traernos una talla más de estas tres prendas. —El rostro de Marcos cuando le entregó las tres perchas fue un poema, aún así las cogió y se fue sin rechistar.

Ana cerró las cortinas y permanecimos mirándonos en silencio, con mi dulce y sumisa puta convertida en toda una tigresa dispuesta a seducir a su presa. Por una vez fui yo a quién se le alteró la respiración y quien sentía la humedad extendiéndose por sus muslos, como si con la que ya había no hubiera sido suficiente. Hay otro tipo de Dominas a las que les supone un jarro de agua fría cuando uno de sus sumisos se atreve a tocar sus riendas, no así a mí, me fascina cuando desean seducirme, cuando me miran con esas pupilas dilatadas con las que me dicen que quieren devolverme el placer, y tampoco sé por qué habría de importarme porque, al fin y al cabo, seré yo quien decida de qué forma acabarán por proporcionármelo.

—¿Ana? —Marcos carraspeó en el exterior.

Ella abrió las cortinas lo justo como para que él pudiera entregarle la ropa y se la volvió a cerrar ante las narices. Sus labios se fruncieron en un travieso mohín cuando me senté en el taburete y me alcé la falda revelándole mi ausencia de bragas.

Colgó las perchas sin dedicarles mayor atención y se arrodilló ante mí. Le aparté algunos mechones de la mejilla, le deslicé los tirantes por los hombros dejando sus pechos descubiertos, me eché atrás y me abrí los labios exteriores dándole acceso.

Ana no necesitó más orden que aquella. Mi espalda se arqueó por voluntad

propia y mis caderas se echaron hacia delante con el primer contacto de su lengua. Aquello era lo que había esperado toda la tarde, lo que había ansiado. Enredé mis dedos entre sus cabellos y la apreté contra mí señalándole que lo quería más fuerte y más rápido.

Solo otra mujer puede entender tanto con tan poco.

Mi mente y mi consciencia se vació de todo pensamiento excepto uno: Ana. El primer orgasmo irrumpió arrasando mi vientre y se expandió a través de mi cuerpo en tanto que me mordía los labios con tal de no chillar su nombre: ¡Ana!

Juego III

BRUNO



NUEVE



Bruno

Culto, formal, creativo, emprendedor... Y el poseedor de un secreto del que tiene pánico que pueda salir a la luz. No es forofó del dolor, ni de que lo amarren a cruces de San Andrés. Su único secreto pecaminoso es que le apasionan las mujeres dominantes dispuestas a ponerlo a cuatro patas para follarlo desde atrás. Que coincidiéramos fue producto de la casualidad, aunque imagino que de alguna forma el destino puede llegar a ser tan o más cabrón y manipulador que yo.

Nos conocíamos siendo apenas unos chavales. Nuestros caminos se separaron durante algunos años, como es habitual, y volvieron a cruzarse del modo más estúpido posible: a través de dos cuentas falsas de Facebook y un ligoteo tonto a través de Messenger en el que acabé atando cabos y averiguando quién era, en realidad, el hombre culto y sensual que me había confesado su vergonzoso secreto.

¿Qué más puedo decir sobre él? Que su secreto es el que lo vuelve vulnerable. Es su obsesión y la mujer capaz de darle lo que necesita la mujer que domina su mundo. Y, en este caso, soy yo.

DIEZ



Deseos prohibidos

A pesar de mi vena perversa soy más bien conservadora en lo que a relaciones sexuales se refiere. Rara vez me acuesto en la primera cita con alguien a quien no conozco y tampoco suelo citarme con nadie a quien haya acabado de encontrarme en una red social. Sé que suena contradictorio con las cosas que relato en este libro, pero soy como soy, ¿qué le vamos a hacer?

Creo que tardé un par de meses en descubrir la identidad del misterioso Sir Richard que comenzó tratando de seducirme por Messenger y acabó por confesarme su más oscuro secreto amparado por el anonimato que creyó que le confería su falso perfil.

La gente a veces se olvida de que Facebook suele aconsejarte nuevas amistades en función de tu lugar de procedencia o de tus amistades en común y tampoco cae en lo fácil que resulta desprender de una conversación pública si dos personas se conocen en la vida real. De Sir Richard me atrajo su elocuencia a la hora de entrar en discusiones, su sentido del humor seco y su rara capacidad de «casi» darme alcance en perversas retóricas sin sentido aparente (la ambigüedad tiene tanto la cualidad de dar sentido a lo que no lo tiene, como de ocultar la verdad tras afirmaciones falsas).

Averigüé quien era mucho antes de que él sospechara siquiera que me conocía en la vida real. Fue divertido, tengo que confesarlo. Tanto sus confidencias, como aquello que no se atrevió a contar a Lady H. Wilde adquirirían un significado muy diferente bajo aquella luz. Resultó fácil seducirlo y, aún más fácil, citarlo en los baños de una gasolinera.

Lo encontré tal y como le había ordenado que me esperara: de cara a la

pared, con las dos manos apoyadas sobre los azulejos, los ojos cerrados y la puerta entreabierta. En cuanto oyó el taconeo de mis sandalias se puso rígido y su respiración comenzó a salir forzada en cuanto cerré la puerta y quedó a solas conmigo. Aun así se portó bien y mantuvo los párpados cerrados. Incluso cuando le pasé la uña por la columna vertebral y le arranqué un estremecimiento.

Creo que una vez que le coloqué la mascarilla sobre los ojos, ambos nos relajamos. Le saqué la camiseta de los vaqueros, tomándome mi tiempo, disfrutando de la forma que se erizaba su piel allá por donde pasaban mis uñas de forma juguetona. Lo giré y lo empujé contra la pared de forma brusca. Su jadeo me confirmó que había conseguido cogerlo desprevenido, justo lo que había pretendido. Le alcé la camiseta hasta la cabeza y la usé para mantenerlo atrapado, con los brazos en alto y el rostro cubierto, marcando contra la tela cada inhalación y espiración. Recorrí su cuerpo con mis uñas, rodeé su pezón, lo marqué en la ingle, le lamí los pezones, tracé un húmedo sendero hasta su ombligo y le mordisqueé la barbilla, el cuello y los hombros.

Para cuando le abrí la hebilla, su estado fue más que notorio bajo el vaquero. Usé su cinturón para reforzar el amarre sobre sus brazos y le bajé los vaqueros y los *boxers* hasta la rodilla convirtiéndole en el prisionero de su propia ropa.

Con las manos enguantadas y llenas de lubricante embadurné su polla erecta, cuya cabeza había adquirido un tono liliáceo sin apenas haberla tocado. Él se dejó hacer, entregándose a lo que quisiera hacer con él, mientras mis manos se movían sobre su erección y escroto, extendiendo la fina y resbaladiza capa sobre su sedosa largura.

No fue hasta que lo noté duro como una roca que lo empujé sobre el lavabo y le separé las piernas empujándolos aparte con mis pies. Con su trasero expuesto ante mí, le acaricié las nalgas, abriéndoselas para dejar que diminutas gotas de lubricante se abrieran paso entre ellas y que, con mi ayuda, alcanzaran su escroto.

Con una mano fui masturbándolo entre sus piernas y con la otra fui agasajando y jugueteando con el rosado agujero que fue cediendo ante mí. Me abrí camino primero con un dedo, luego con dos. Fui extendiéndolo poco a poco, ganando profundidad y anchura y un ritmo aleatorio que le hacía morderse los labios de desesperación y empujar la pelvis hacia atrás en un silencioso ruego de que fuera más rápida.

Los dedos de Bruno estaban agarrados al grifo, como si esperara que de un

momento a otro fuera a follarlo de verdad, como si fuera justo eso lo que quisiera y estuviera preparándose para recibirme. Continuó así, incluso cuando me separé de él y me sequé las manos.

Deshaciéndome de mi falda, aseguré las correíllas del *strapon* antes de regresar, cogerle por el corto cabello negro y obligarlo a inclinarse ante mí hasta dejar su boca a la altura de mi polla de silicona rosa para que pudiera restregársela por los labios, dejando que la humedeciera con su saliva.

Era más que evidente que no era la primera vez que se dejaba follar por una mujer, o que le hiciera una mamada a un falo sintético, aunque era algo que ya había sospechado a través de los retazos de conversación y la forma en la que me confesó lo loco que le volvía que lo follaran con un *strapon* .

Inclinado y con el trasero en alto, lo recorrí con mi polla artificial: su cara, su cuello, su espalda, su trasero, sus pezones, su estómago, su polla y sus muslos. Lo acaricé, lo aticé y le dejé sentir el grosor y la largura del juguete.

Lo obligué a colocarse de rodillas con las piernas abiertas y le ayudé a deshacerse de la camiseta. A pesar de que nunca lo hubiéramos hablado, no conseguí resistirme. Apreté la punta del juguete contra sus labios y él cedió a la invasión sin quejarse. Le obligué a tragarse la polla de látex hasta que mi propio sexo comenzaba a brillar con su saliva y sentía el cosquilleo que anunciaba que mi cuerpo requería algo más. Era bueno haciendo mamadas, muy bueno de hecho, tanto que era consciente de que el juguete tenía una doble punta y que una de ellas se encontraba alojada en mi vagina balanceándose con sus movimientos, por lo que lo tenía en cuenta a la hora de chupar el dildo. Observar cómo la polla de silicona se abría paso entre sus labios hinchados contenía un morbo extraordinario. Me habría gustado decírselo, pero en aquel momento aún temía que pudiera reconocerme por mi voz.

Por suerte para mí, entendió de inmediato el motivo por el que había alzado el falo artificial y porqué lo apretaba hacia mi vientre. Fue una sensación maravillosa. Siempre lo es cuando ya estás excitada y un hombre se arrodilla ante ti para servirte con su lengua, penetrando la densa espesura de tu excitación para alcanzar el pequeño nudo de terminaciones nerviosas que te lanzará a la cima.

Mi clítoris no tardó en duplicar su tamaño, poniéndose duro e hinchado. Mis muslos se cubrieron con su exceso de saliva, mi vagina se contraía alrededor del dildo y mis pezones despuntaron orgullosos bajo la fina tela de la blusa, indicándome que era hora de eliminar el indeseado roce.

En cuanto estuve desnuda, con él a medio vestir, lo prohibido de la

situación se apoderó de mí. Mis dedos se agarrotaron en su cabello apretándolo hacia mí, mientras me corrí y Bruno abría los labios en un intento por tragarse los chorreones que le fueron salpicando. La sensación de placer fue tan intensa que acabé apoyada en sus hombros para que mis piernas no cedieran debajo de mí.

Con unas últimas gotitas me aseguré de que estuviera lubricado, y que también lo estuviera el dildo. Me arrodillé detrás de él, y situé la punta de la polla artificial. Le di tiempo, todo el tiempo del mundo, para relajarse y aceptar mi invasión de su trasero. También le concedí tiempo a que se acostumbrara cuando mi ingle se pegó a la suya y permanecí largo rato acariciándole las nalgas y la espalda.

Cuando follo a un tío así, a cuatro patas, no puedo dejar de desear que mi polla fuera auténtica, para poder sentir la forma en la que entra y sale de su apretado trasero.

Retrocedí despacio y empujé. Una vez, dos veces, tres... Bruno gemía con cada una de aquellas embestidas lentas y cuidadosas, a pesar de que en el fondo no era lo que queríamos ninguno de los dos. Tirándole del cabello le obligué a arquear la espalda y ahí acabó mi gentileza y paciencia. La diminuta habitación se llenó de los jadeos y gemidos de Bruno, del sonido de nuestros cuerpos chocando con cada embestida, y de mi respiración forzada al empujar contra él, mientras el *strapon* rozaba mi clítoris y la doble terminación del dildo vibraba en mi interior.

En cuanto noté cómo mi orgasmo se fue acercando, alargué el brazo alrededor de Bruno. Mis dedos rodearon su gruesa envergadura y se acompañaron al ritmo que marcaban mis embestidas, exigiéndole la entrega más absoluta hasta que los azulejos del baño fueron salpicados por su semen blanquecino y espeso.

Lejos de permitirle descansar, seguí. Seguí follándolo y masturbándolo mientras sus jadeos se tornaron más y más desesperados, convirtiéndose en leves gimoteos, exclamaciones y ruegos que solo conseguían azuzarme en mi necesidad de incrementar el ritmo del roce sobre mi clítoris y las sensaciones que me provocaba el juguete en mi vagina al compás al que mi ingle rebotaba contra sus nalgas.

El placer que más trabajo cuesta alcanzar suele ser también el más intenso. El orgasmo barrió a través de mí como un tsunami mientras presioné mi pelvis contra su trasero y le mordí el hombro para acallar mis gritos.

Exprimiéndole las últimas gotas le dejé ir y apoyé mi frente sudorosa en su

espalda. Bruno dejó caer la cabeza, su respiración salía en jadeos, casi sollozos. Lo abracé y le di un beso en la columna vertebral antes de salirme despacio y levantarme sobre piernas inestables.

Bruno intentó levantarse, pero le presioné los hombros dándole a entender que quería que se quedara quieto. Me tomé mi tiempo para asearme, vestirme y recoger mis cosas. Solo entonces me acuclillé a su lado para limpiarle el rostro, los restos de lubricante que cubrían sus nalgas y su sensibilizada polla.

Apenas había llegado a montarme en el coche cuando mi móvil comenzó a pitar. Abrí el Messenger.

Bruno: «Lady Wilde, acabáis de hacer temblar los cimientos de mi mundo. Gracias».

Yo: «En ese caso deberíais prepararos, Sir Richard. No soy mujer que se conforme con el mundo si puede tener el universo.».

ONCE



De película

En las siguientes citas, Bruno siguió ignorante acerca de mi identidad y para que pudiera seguir en su ilusión de la misteriosa Lady Wilde nos citábamos en lugares públicos. He de confesar que a veces, en muy raras ocasiones, disfrutaba yendo a tomar café con algún conocido a la cafetería que él frecuentaba. El simple hecho de que nos saludáramos con cortesía y que él me dirigiera alguna que otra mirada al escote o trasero mientras ignoraba que era yo su amante desconocida, me producía una pecaminosa sensación mezcla de poder y morbo.

¿Alguna vez habéis visto una película de *Lolita* en el último asiento de un cine un miércoles a las dos menos diez de la tarde? Apenas hay un par de espectadores, justo los que hubo aquel día en que cité a Bruno en la sala cinco de aquellos multicines.

Llegué tarde a propósito, con la intención de que la proyección hubiera comenzado. Me senté a su lado con el anonimato que otorga una peluca, un buen maquillaje, la oscuridad del cine y la indicación expresa de que no apartara la mirada de la pantalla —detalle que le había enviado junto al resto de instrucciones a través de Messenger el día antes.

Me bastó entreabrir mi gabardina, que era junto a las medias de ligas lo único que protegía mi piel del frío para que la poca atención que Bruno tenía puesta en la película se tornara nula, aunque lo disimulaba bien. Mantenía el rostro dirigido a la pantalla, tal y como le había ordenado, mientras se llevaba un puñado de palomitas a la boca, como si yo no me diera cuenta de que miraba de forma disimulada la curvatura de mis pechos y evaluara el tamaño del *strapon* que portaba.

Me ofreció la caja de palomitas y, como un chico de dieciséis en su primera cita en solitario con su novia, su mano avanzó titubeante, temblorosa, primero hasta mi rodilla, para luego avanzar por mis muslos, hasta deslizarse por el filo de la gabardina, abriéndola en el proceso de abrirse camino.

Se lo permití. Me pareció tan tierno que a pesar de su edad pudiera tenerme tanto respeto, casi miedo. Y así, comiendo palomitas y con una banda sonora de principios del siglo veinte, acabé dejando que él me besara mis pechos desnudos hasta que terminó descendiendo para situarse entre mis piernas. Apoyó su cabeza contra mi muslo mientras yo le acariciaba la cabeza como a un perro fiel y él me lamía. Fue un momento dulce, casi cariñoso, y fue en aquel instante en el que decidí que era hora de que supiera quién era la mujer que dominaba su placer. Y así, con el *strapon* como un recordatorio constante de lo que pasaría después, apoyé mis piernas sobre sus hombros y alcé las caderas para que pudiera follarme con su lengua hasta correrme en su boca.

Para cuando llegamos a la canción de «Amor, amor, amor», él se encontraba sentado en su asiento, sin pantalones y las piernas alzadas, ofreciéndose a mí.

Le hice sufrir un rato, adecuándome a la dulzura de la canción mientras le acariciaba el escroto y su polla con mis manos enfundadas en guantes de cuero. En cuanto uno de mis dedos se desvió del camino trazado y llegó hasta la pequeña roseta entre sus nalgas, fue Bruno quien empujó impaciente contra él, demostrándome que había venido preparado a nuestra cita.

Lo penetré despacio, acariciando su polla mientras lo hacía, parándome a veces para probar las pequeñas gotitas que brillaban sobre la punta de su glande, solo para volver a penetrarlo.

No sé si alguno de los otros espectadores llegó a mirar atrás y nos vio. Si lo hicieron, nadie se quejó y a mí me importaba un comino. Hay alguna regla escrita en nuestro genoma humano según la cual no se molesta a una pareja que está follando, ni siquiera cuando es en el sitio menos apropiado.

Esperé a que la polla entre mis manos estuviera tan dura que amenazara con explotar de un momento a otro y a que él apretara los dientes en un intento por aguantar. Cuando estuve segura de que estaba a punto de correrse me quité la peluca. Sus ojos se agrandaron en el mismo instante en que, sin dejar de embestirlo, me incliné hacia él y le besé en la boca. Bruno se agarró a mí con un sollozo desesperado y su semen salpicó su vientre y mis pechos, y siguió haciéndolo segundos después cuando también yo exploté con un largo y

agónico gemido.

Al ponerme de pie, él se agarró a mí, apretando su cara bañada en lágrimas contra mi vientre. Me impactó, tengo que admitirlo. Le acaricié la cabeza hasta que se calmó.

No me quedé hasta el final de la película. Los secretos entre nosotros habían quedado desvelados, del mismo modo que la verdad: Bruno me pertenecía, como debía de ser, pero no iba a existir nada entre nosotros que fuera más allá de esa relación. Yo lo había sabido desde siempre y él necesitaba aceptarlo.

Juego IV

JUAN



DOCE



Juan

¿Qué podría decir de Juan? Él es todo lo contrario a lo que la gente espera de un sumiso. Padre de familia ejemplar, empresario, político, deportista y, en apariencia, dominante.

Debo confesar que hace mucho que debería haberlo dejado. En parte es el responsable de lo que soy ahora. Me enamoré de él demasiado joven. Me utilizo a su antojo, me vendió falsas promesas, pero jamás dejó a su mujer hasta que fue tarde. Hoy en día ya no quiero que la deje. Las tornas han cambiado. Yo he cambiado. Ahora trabajo con él. Lo uso. Disfruto del poder que me otorga y he descubierto que los hombres hacen regalos más generosos a sus amantes que a sus esposas, las tratan mejor y encima te ahorran el tener que aguantar sus quejas y sus lloriqueos —a menos que seas tú quién se los estés provocando a propósito, claro está—.

Con Juan a estas alturas ya no tengo inhibiciones. Tengo a uno de los hombres más poderosos de la ciudad, con todos sus secretos, doblegado ante mí. Y eso, en sí mismo, se ha convertido en todo un afrodisíaco. Es una puta del dolor y la humillación y yo soy su dueña, así, sin más.

¿Quién podría imaginar que la insignificante mujer sentada al final de la sala es la responsable de que él no tome asiento durante las reuniones o del motivo por el que en algunos momentos parece perder el hilo de sus propios pensamientos?

Los secretos ocultos ante la vista de todos pueden llegar a ser los más placenteros.

TRECE



Cambio de roles

Juan y yo habíamos sido amantes y no miento si confieso que nunca pensé que volveríamos a serlo. Seré sincera. Era un hombre con una pasión extraordinaria, capaz de transmitirme el amor y adoración que sentía por ti, pero a nivel físico y de técnica... digamos que me regalaba un placer extraordinario y me enseñó, sin sospecharlo, a convertirme en una experta a la hora de fingir los orgasmos. Entonces, ¿cómo volví a ser de nuevo su amante? Es algo que yo misma llegué a preguntarme. Fue de la forma más insospechada y ni en sueños me había esperado que sucediera.

Su regreso al consistorio fue el inicio de todo... de nuevo. No recuerdo cuanto tiempo estuvimos trabajando juntos en un ambiente tenso, en el que ambos tratábamos de ignorarnos mutuamente con tal de que el trabajo pudiera seguir adelante sin que nuestra relación del pasado y su desagradable final nos supusiera merma en nuestro rendimiento.

Más que su presencia, lo que me resultaba desagradable era la de su mujer, que me había cogido por banda y que, por algún estúpido motivo asumía que porque su marido fuera concejal, aquel título le otorgaba la potestad de poder mandar sobre los que trabajábamos con o para él.

Cuando en tu vida privada eres una Domina, llega un momento en el que, por mucho que trates de hacerte la ratoncita callada y eficiente y hasta, a veces, tonta, con tal de no llamar la atención en la oficina, tu genio y tu seguridad en ti misma acaban por sobresalir.

Eso fue justo lo que ocurrió aquella noche tras la presentación oficial de un evento, en el que aquella arpía trató de ridiculizarme delante de mis

compañeros. Supe responder ante la situación, librando mi pellejo y consiguiendo que ella se pusiera en evidencia, pero eso no fue suficiente en un momento en el que estaba resuelta a meterle fuego a Roma. Por primera vez en aquellos meses fui en busca de Juan, le pedí que me acompañara sin esperarlo y, una vez en unos camerinos vacíos lo acorralé contra la pared con un discurso categórico y apasionado en el que le dejé claro que no estaba dispuesta a dejarme avasallar por nadie y que ya no era la niña de veinticinco años a la que había seducido y usado a su antojo.

Imagino que debería haberme hecho sospechar algo la manera en la que me contemplaba mientras yo le clavaba mi dedo una y otra vez en el pecho para puntuarle cada palabra y cada idea, o la ronquera con la que me preguntó en qué había cambiado, o el silencio que quedó tras de mí al soltarle la bomba: «Ahora soy la mujer ante la que se arrodillan los hombres para rogarme que les permita besarme los pies, no la que se arrodilla ante ellos».

Durante las siguientes dos semanas me persiguieron sus miradas pensativas, serias y, en ocasiones, con un hambre tan oscuro que era complicado de definir. Solo sé que llegó el día en el que me sorprendió en su despacho.

—Espera, no te vayas.
—¿Sí? —Le miré sorprendida por encima del hombro.
—Quiero hablar contigo a solas.

Cerré la puerta y me crucé de brazos.

—Dime.

Juan se levantó de su sillón para sentarse sobre su enorme escritorio de nogal y se aflojó el nudo de la corbata.

—¿Qué me dirías si te dijera que quiero que volvamos juntos?

—Ni de coña. ¿Te has vuelto loco?

—No. Lo he estado pensando y... te deseo.

Era una situación tan estrambótica que no pude más que reír.

—A ver, bonito. Creo que no acabaste de entender lo que traté de decirte el otro día. Yo ya no tengo amantes, tengo esclavos. Lo nuestro fue bonito mientras duró, sigo teniendo recuerdos agradables al respecto, pero ni soy la persona de entonces, ni me sigue interesando lo que tienes para ofrecerme.

—No, escucha...

—Si me disculpas, tengo trabajo que terminar antes de irme a casa. —Me

negué a proseguir con aquella ridícula discusión, por lo que me dirigí directamente a la puerta.

—Por favor, Señora. Permítame ser su perra más fiel y sumisa.

La palabra clave con la que mi mano se quedó congelada alrededor del pomo fue «perro». Al girarme hacia él, encontré a un esclavo arrodillado con perfecta postura de sumiso, con las manos sobre sus muslos y los ojos sobre el suelo.

Me tomó un tiempo entender la situación y valorar si realmente debía entrar en el traicionero terreno pantanoso que representaba, pero el mismo morbo de lo prohibido y de todo lo que podía ocurrir si alguien descubría que aquel hombre casado, respetado y poderoso fuera mi sumiso... ¿Quién no ha hecho alguna vez todo lo contrario de lo que su conciencia le advirtió que hiciera?

Rodee a Juan en un lento paseo mientras decidía si ceder a la tentación o no y acabé por rendirme a la evidencia: mi perversión roza lo enfermizo cuando se trata de cosas que no debería hacer.

—¿Y de verdad crees que estarás a la altura de mis deseos? —le empujé con el pie para que cayera a cuatro patas y él se mantuvo allí con la cabeza agachada y sin soltar ni una sola queja.

—Siempre por debajo de sus pies, si mi Señora me lo permite.

Con un fuerte agarre en su cabellera le alcé la cabeza y le miré a la cara.

—En ese caso, te quiero a las tres y cuarto en punto en la sala de plenos arrodillado ante la silla de la presidencia. Llevarás puesta única y exclusivamente tu medalla de concejal y tendrás preparadas las varas de mando del consistorio.

Me dio tiempo de llegar a la puerta antes de oír su respuesta:

—Allí estaré, Señora. Gracias por su generosidad.

A las tres y veinte, cuando solo quedaban las limpiadoras en el edificio, me encaminé al salón de plenos, el lugar en el que se celebraban las actividades más importantes y honorables del Ayuntamiento, desde los debates entre partidos para el gobierno del municipio, a la imposición de medallas o títulos honoríficos.

Juan se encontraba arrodillado desnudo delante de la silla principal, con la medalla del municipio colgada de su cuello y las tres varas de mando que por historia les habían pertenecido a los ediles de aquel municipio.

Me senté en la silla del alcalde y lo contemplé largo rato. Si no hubiera sido por las diminutas gotas de sudor que resbalaban por su frente o el leve

temblor en sus manos, nunca me habría dado cuenta de que no estaba tan tranquilo como trataba de aparentar.

Me levanté y lo rodeé, usando la punta de mis zapatos para ajustar los pequeños defectos en su postura. También la usé para alzarle los huevos y aplastarle la erección que portaba solo a media asta contra el bajo vientre. No hubo queja, ni gimoteo, ni siquiera trató de apartarse.

—Dame la primera vara de mando.

Sin pronunciar palabra me ofreció la vara, que consistía en poco más que en un palo de madera con un pomo de plata en un extremo y un tapón protector en el otro. Jamás había tenido la oportunidad de verla de cerca y, mucho menos, de tocarla. Había algo curioso en tener aquel objeto de representación de poder en mis manos, en especial cuando a más de uno le habría escandalizado cómo pensaba usarlo.

Recorrí el cuerpo de Juan con la bola: su mejilla, labios, hombros, espalda, nalgas y escroto a medida que iba rodeándolo.

—¿Qué tal aguantas el dolor?

El estremecimiento y la forma en la que su polla saltó aumentando de tamaño me dijo mucho más de lo que me confesó a continuación.

—Lo aguanto, Señora.

Lo puse a prueba golpeándole las nalgas. Su erección saltó y aparecieron pequeñas gotas de líquido preseminal en la punta. Le di un poco más fuerte, dejando una fina línea rosada marcada sobre su piel. Juan gimió y adelantó la pelvis. Su glande se había vuelto de un morado profundo. ¿Qué más pruebas necesitaba?

Situada detrás de él, le tiré del pelo para acercar su oído a mi boca.

—Te he concedido este pequeño regalo. Pero los dos sabemos que no te lo mereces, que aún no has hecho nada para ganártelo y que ni siquiera tengo nada para decidirme si quiero tenerte como sumiso o no. De momento eres poco menos que una puta mierda con la que no tengo ni idea de qué hacer.

Que Juan no hablara en esa situación me reveló que alguien le había entrenado y que lo había hecho muy bien.

—Vamos a hacer una cosa. Vas a reptar sobre tu barriga hasta el sillón del alcalde, te inclinarás sobre él con el trasero en pompa y te daré un recuerdo de este encuentro. Tendrás justamente una semana para demostrarme que de verdad deseas ser mi sumiso. Cada mañana te encargarás de tenerme un café a las ocho de la mañana en la mesa de mi despacho. Te encargarás personalmente de dejármelo allí. Quiero una rosa fresca cada mañana y, a las

ocho y cinco en punto, quiero un vídeo de tu polla llorando porque la deje correrse. No necesito avisarte que no lo hará, ¿cierto? Vindrás a mi despacho a servirme, tomando tu lugar bajo la mesa como la perra que eres. Hecho eso, me mandarás ese vídeo cada dos horas desde el primero y te mantendrás preparado para mí. Una orden mía y tendrás diez minutos para enviarme un vídeo en el que te corras para mí. Si no eres capaz de cumplir la orden porque te hayas masturbado sin mi permiso, se acabó y ni siquiera tratarás de volver a intentarlo de nuevo conmigo. ¿Entendido?

—Sí, mi Señora. Gracias por vuestra generosidad.

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

Algo en mí cambió aquel día al verlo arrastrarse como un reptil hasta la silla y subirse a esperar a que lo dejara marcado.

Usé uno a uno los bastones de alcaldía para trazar un intrincado dibujo de líneas rojizas sobre sus nalgas. Presenció arrodillado cómo usé uno de ellos para masturbarme y no solo me limpió con su lengua, sino también el bastón.

Antes de irme, le rodeé la polla con mi mano y le exprimí algunas de las gotas de líquido preseminal que habían estado derramándose durante todo el proceso.

—Recuerda lo que te he dicho que quiero que hagas. Un fallo y olvidaremos todo lo que ha pasado aquí. Tú eliges.

Lo dejé allí, en el salón de plenos en el que todo el mundo cree que solo se deciden cuestiones importantes para la comunidad, arrodillado desnudo, con mi firma estampada en su trasero, la polla tesa como los bastones de mando que tenía sobre la silla y tan amoratada que parecía hasta doloroso.

CATORCE



Esposa entregada

*A*dmítámoslo, nunca me ha caído bien la mujer de Juan. Supongo que el que él la eligiera sobre mí no ha ayudado a que me resultara más simpática, aunque el principal motivo por el que no la soporto es su aire de superioridad y la forma en la que siempre me ha tratado —bueno, a mí y a todo el mundo—. También admito que lo que hice en aquella ocasión puede llegar a resultar chocante y si eres de aquellos a los que les puede la ética, sería mejor que no siguieras leyendo esta historia y pasaras a otra. En lo que me corresponde, admito que nunca he ido para santa, que lo disfruté y que desde aquel día no puedo evitar una sonrisa secreta cada vez que ella trata de darme un desplante y hacerme sentir inferior.

¿Por qué accedió Juan a mi capricho? No lo sé, quizás porque le pudo más su vena sumisa y su necesidad de constantes retos que su amor por ella, o quizás, porque ella le importa un pepino más allá de la conveniencia y comodidad que supone disponer de una chacha gratuita que está siempre a su alcance para lo que necesita. Lo cierto es que no me importa. Ya no.

En cuanto a Lola, no puedo decir que sea guapa. Sus labios, demasiado finos, suelen estar apretados en una línea cuando no tienen las comisuras caídas hacia abajo. Sus ojos, azules como un mar del caribe, son tan fríos como su nariz recta y puntiaguda es altanera, lo que en definitiva no es más que un reflejo de su personalidad. Su cuerpo, sin embargo, es harina de otro costal. Delgada, elegante, con pechos que caben en la mano... habrían sido la envidia de más de una modelo.

Las instrucciones que le proporcioné a Juan aquel día fueron claras: planificar una noche especial con su mujer, invitarla a cenar, seducirla,

llevarla a la habitación del hotel de cuatro estrellas que habíamos elegido y preparado de antemano y grabarla mientras llevaba la seducción un poco más allá.

En realidad no era una novedad que la grabara. Lo había hecho otras veces, sin que ella lo supiera. Incluso antes de que se convirtiera en mi sumiso, la había desnudado y follado delante del ordenador, sin que ella supiera que yo me encontraba al otro lado de la pantalla observando sus pequeños pechos al saltar. Tengo que confesar que más que la excitación y el placer que cubría su rostro mientras lo hacían, lo que me producía el verdadero morbo en aquella época y lo que me hacía correrme, era la expresión de decepción en la que acababan todos aquellos encuentros. Un tanto raro, lo admito, pero cuando eres «la otra», la forma en la que ves algunas situaciones puede ser bastante diferente.

Supongo que aquí toca hacer una pequeña aclaración, Juan puede ser muchas cosas de cara a la galería, pero en la intimidad no se caracterizaba ni por su generosa virilidad, ni por el aguante en la cama. Todo en él eran apariencias, desde la política hasta el ligoteo de pacotilla que se traía con cualquier bicho viviente con tetas y falda. Quizás fuera ese el motivo de la amargura de Lola. Yo también lo habría estado, si no hubiera aprendido a controlarlo y a hacerme cargo de mi propio placer.

Sentada en mi coche, con mi maletín de juguetes al lado, fui testigo de cómo llegaron al hotel. La escena me trajo recuerdos de mi primera época con Juan. Otros hombres follan, él hace el amor. Fuera de su rol de sumiso es un hombre apasionado, hasta romántico, al que lo único que le faltaban eran la técnica, el aguante y un poco de creatividad que le hiciera romper su rutina casi milimétrica en la que parecía seguir siempre el mismo esquema.

A medida que fue desvistiendo a Lola y el ambiente se fue caldeando, mi mayor temor fue que la cosa se acabara antes de que pudiera llegar a la habitación. Es fácil controlar a un hombre cuando estás en su presencia, pero no tanto en la distancia si se trata de un eyaculador precoz.

La actuación de Lola fue preciosa. Nunca había entendido a qué se refería Juan cuando la describía como *castiza* en la cama, solo con el tiempo lo fui descubriendo y para mí, en definitiva, era una sumisa insatisfecha. Jamás tomaba la iniciativa, aunque se dejaba hacer casi cualquier cosa y muy rara vez conseguía alcanzar el orgasmo.

Mientras la observé, arrodillada entre las piernas de Juan, chupándole con más ganas que arte, no pude evitar preguntarme hasta dónde podría llevarla y

si de verdad era tan frígida como aparentaba ser o si lo que necesitaba era a alguien que supiera lo que se hacía. Sin dejar de observarla, cogí mi móvil del trabajo y marqué el número de Juan. Cuatro timbres como habíamos acordado. Él miró el reloj y presionó la cabeza de dolores para que siguiera con su tarea mientras ignoraba el teléfono.

Tenía exactamente diez minutos hasta que me abriera. Recogí mis cosas y me tomé mi tiempo para subir a la tercera planta. Sonreí al hombre en traje de chaqueta gris con el que compartí el ascensor y disfruté de la forma en la que recorrió mi escote con su intensa mirada, deteniéndose insinuante sobre los pezones que despuntaban erectos bajo mi vestido. Era atractivo, estaba dispuesto y yo más caliente que una gata en celo, el único inconveniente era que yo ya tenía planes y un compromiso adquirido. El timbre anunció que el ascensor se había detenido y estaban a punto de abrirse las puertas y, por puro capricho, decidí ceder a mi antojo. Me acerqué a él, atrapando su erección entre nuestros cuerpos e inspiré el sofisticado perfume antes de irme sin más.

—¡Espera! —paró el ascensor cuando salí—. ¿Me dejas que te invite a una copa?

Regresé hasta él, le recorrí los labios, la mandíbula, el pecho con un dedo y bajé hasta rodear su polla, arrancándole un gemido de placer y constatando que era una verdadera lástima que Juan no estuviera ni la mitad de dotado que aquel desconocido. Me puse de puntillas hasta quedar frente a su labios y los rocé con los míos.

—Si alguna vez nos volvemos a encontrar, será un placer que te arrodilles a mis pies —murmuré a modo de despedida observando cómo sus pupilas se dilataron visiblemente.

—Sin duda será un placer besártelos.

Sonreí y aún lo seguía mirando cuando Juan entreabrió la puerta de la habitación.

—Ama. —Juan se arrodilló ante mí en cuanto pasé por su lado y me detuve.

Le permití besarme los dedos de los pies mientras estudiaba la estancia y a Lola. La visión era muy diferente a como se había visto desde las cámaras ocultas. Todo era más grande y amplio, más iluminado. Lola se encontraba tendida en la cama, apenas cubierta por el diminuto tanga y sus enaguas, con las manos atadas a la espalda, una venda alrededor de los ojos y unos auriculares puestos. Resultó ser una visión mucho más morbosa de la que me había esperado.

—¿Juan?

Los dos nos quedamos paralizados ante la llamada de Lola.

—Un momento, estoy en el cuarto de baño —respondió Juan con voz algo temblorosa.

Lola no reaccionó, dejándonos claro que no oía nada.

Agarrando a Juan por los pelos, lo obligué a seguirme de rodillas hasta el escritorio, sobre el que coloqué mi maletín antes de sentarme. Le di otro tirón a sus cabellos obligándole a mirarme.

—Chúpala por encima del tanga como la perra que eres y prepáramela. Mantén tu trasero en pompa.

Juan apenas titubeó un instante. Me quedó claro que había venido preparado para cumplir mis deseos. Esperé a que fuera a cuatro patas hasta la cama, a que se subiera en ella y que le abriera las piernas a Lola para meter su cabeza entre sus muslos. Ella no tardó en arquearse y buscar algún tipo de sujeción en las sábanas. Los observé durante un rato antes de abrir el maletín. Mi vena de voyeur siempre ha sido muy acusada y la idea de que Lola no tuviera ni idea de que yo estaba allí observándola en su abandono, poseía un aliciente extra.

Los gimoteos, tan similares a los de un gatito, se convirtieron en la música de fondo con la que le coloqué a Juan su arnés y su collar de perro. Ella aún no había alcanzado su orgasmo cuando le cogí la polla y se la puse dura para colocarle un anillo de contención y tampoco lo había hecho cuando le preparé el culo con un poco de lubricante para introducirle un vibrador y lo programé con el móvil para que tuviera una vibración aleatoria, lo suficientemente fuerte como para estimular su próstata, pero no lo bastante como para que pudiera correrse.

El siguiente turno fue el de Lola. Le acaricié los pechos por encima de la sedosa tela de su enagua, pellizqué sus pezones con suavidad, manteniéndolos así hasta que acabó por arquearse y sus pezones acabaron despuntando bajo la fina capa.

Al cortarle las tiras del tanga me llevé mi primera decepción al descubrir su sexo cubierto por una espesa mata de pelo que alguna vez debió haber sido rizado y que había perdido parte de su color debido a la edad. Cada cual tiene sus manías y aquella era una de las mías.

—Pensé que te había dicho que la quería bien depilada.

Juan mantuvo la vista baja, aunque sus mejillas se cubrieron de una capa rosada.

—Lo siento, Ama.

Le tiré del collar para mirarle a la cara y esperé a que el rojo de su tez se profundizara antes de dejarle respirar.

—Los dos os merecéis un castigo por ello.

—¿Ama? —La ronquera en su voz delató de qué manera le afectaba la posibilidad de un castigo.

—Siéntate sobre su rostro, que te la chupe y sujétate al cabecero.

A ella le introduje una bala vibradora, que la hizo retorcerse en cuanto comenzó a funcionar.

Imagino que Juan no tenía previsto que ella estuviera dispuesta a devorarlo como nunca antes había hecho, ni que fuera a tragárselo entero. Son ese tipo de cosas que solo suelen darse cuando una mujer está muy excitada y a punto de correrse.

Juan se sujetó al cabero de la cama sin tener que recordárselo y ayudó a Lola en su tarea empujando la pelvis para empotrarse en su garganta. Yo sustituí la fusta que había sacado en un principio, por el cinturón de Juan. Su cuerpo se contrajo en un movimiento de avance ante el primer impacto que dejó paso a la primera línea rosada sobre sus nalgas, algo que se repitió con cada uno de los azotes que fue recibiendo. Yo esperaba a que él estuviera hundido en la boca de Lola, le daba con el cinturón, él se contraía y acababa de enfundarse en la garganta de ella y vuelta a empezar.

Al llegar al octavo azote, me quedó claro que Juan no sería capaz de aguantar ni uno más. La parte más perversa en mí me hizo seguir. Le di dos azotes más y le tiré con fuerza del cabello obligándole a arquear la espalda para contemplar su cara mientras entre convulsiones se corría en la garganta de Lola.

Me aparté y me senté en el sillón con las piernas cruzadas a esperar. Solo se oían la respiración forzada de Juan, el apenas perceptible sonido de los vibradores y una música baja que delataba que los auriculares de Lola se habían movido. Juan se apartó de Lola y tardó un rato en volver a colocarle bien los auriculares y mirarme avergonzado.

—¿Quieres algo de beber antes de irte? —me preguntó al ver que yo no hacía nada.

—¿Quién ha dicho que he terminado? ¿Y quién te ha autorizado a tutearme?

—Disculpe, Señora.

Juan se miró la polla que, encogida, parecía poco más que una diminuta

bolita de pingpong y a Lola, cuya barbilla llena de saliva y semen no ocultaba su frustración, aun cuando el consolador seguía vibrando en su vagina.

—Bésala hasta dejarle la cara limpia y luego regresa a su coño hasta que esté a punto de correrse, pero no dejes que lo haga.

Me limité a disfrutar del espectáculo y la manera en la que el rostro de Lola se transfiguraba en una mueca cercana al dolor mientras trataba de alcanzar el orgasmo con la lengua de su marido. La humedad iba acumulándose entre mis muslos, sin embargo, rechacé cualquier posibilidad de satisfacción propia. Sabía que llegaría mi hora y quería que, cuando lo hiciera, fuera el tipo de orgasmo extraordinario que la ocasión se merecía.

Cuando los gemidos de Lola se convirtieron en una sucesión de gimoteos desesperados tiré del collar de Juan para que se apartara. Me tendí al lado de Lola y me abrí de piernas. Juan entendió la indirecta de inmediato y se situó para alcanzarme con su lengua. Lo detuve agarrándole por el cabello.

—Aleteo suave y luego lengua tiesa para follarme con ella.

Me olvidé de él en cuanto lo solté. Se había convertido en un simple juguete más que me serviría para correrme, pero que carecía de toda importancia más allá de ese uso.

Le regalé a Lola el tiempo que Juan necesitó para acercarme al orgasmo. Le besé los pechos por encima de la enagua, la acaricié, recorriendo su cuerpo en una lenta seducción que me permitía explorarla a la vez que darle placer.

Cuando mis dedos se deslizaron por encima de su clítoris y bajaron hasta introducirse entre sus nalgas, Lola se puso rígida. Cuando además usé su lubricación natural para presionar contra la delicada roseta que delimitaba su ano su pelvis se alzó en un vano intento de huida.

—¿Juan? —La inseguridad en su tono resultaba enternecedora.

Rodee su pezón con mis labios y alcancé su clítoris con el pulgar, consiguiendo que con un largo gemido obviara mi avance en lo que, ella, a todas luces, consideraba territorio prohibido.

A medida que ella se fue relajando y aceptando mis avances, yo estaba más y más húmeda y desesperada por alcanzar mi propio éxtasis a la vez que quería más, mucho más que el oral algo torpe que Juan era capaz de ofrecerme.

Me aparté de él algo irritada y me bajé de la cama.

—Hazle un griego profundo y prepáramela.

Juan miró a su mujer y titubeó.

—Señora, no es por contradecirla, pero ella jamás ha accedido a hacerlo

por detrás. Tiene un agujero demasiado pequeño y le duele demasiado. Es de las que suele estar estreñida.

Me quedé mirándolo incrédula y preguntándome cómo un hombre que pudiera creerse semejante chorrada podía estar al frente de un Ayuntamiento y guiando la vida del resto de los ciudadanos.

—Haz lo que te digo y mientras la follas con tu lengua, usa el pulgar para estimularle el clítoris.

No me dio tiempo de ponerme mi propia bala vibradora y el arnés cuando Lola ya estaba retorciéndose en la cama entre jadeos y gemidos de placer. Me aseguré de que el roce sobre mi clítoris estuviera garantizado antes de indicarle a Juan que se apartara.

Esposándole a Lola los tobillos a sus muñecas, la coloqué en una postura en la que me ofrecía todo lo que tenía sin necesidad de tocarla. Estaba empapada. Su sexo brillaba con una mezcla de la saliva de Juan y de sus propios jugos, su vagina se contraía de forma espasmódica y su culo quedaba tan expuesto como el resto de su sexo. Tiré un poco de la fina cuerda que asomaba de su vagina, a lo que ella respondió con un gemido de protesta y contrayendo su vagina alrededor de la bala vibradora trató de retenerla.

Me aseguré de que los goterones que caían de su vagina alcanzaran su ano y comprobé satisfecha cómo había dejado de apretarlo a cal y a canto para evitar la entrada de mi pulgar.

Arrodillándome en la cama frente a ella, situé el consolador del arnés y la penetré poco a poco, Lola se puso rígida, pero a medida que le acariciaba el clítoris y subía la vibración de la bala, comenzó a relajarse y a aceptar la intrusión.

Juan seguía todo el proceso con ojos oscuros. Su polla había vuelto a ponerse erecta y su lengua no hacía más que asomarse para mojarse los labios. Alcancé el vibrador por ultrasonidos que había dejado preparado sobre la cama y lo encendí para situarlo y contra el clítoris expuesto de Lola. Su reacción fue inmediata, al punto de que ella misma acabó por embalsarse sobre el consolador de mi arnés. Se paralizó apenas un segundo mientras se daba cuenta de lo que acababa de ocurrir, pero enseguida se recuperó y comenzó a mover las caderas en busca de los diferentes estímulos y de su propio orgasmo.

Demasiado excitada para pensar con claridad, le negué también a ella el derecho a hacerlo. Incrementé la intensidad del vibrador ultrasónico y antes de volver a colocarlo sobre su clítoris, miré a Juan.

—Ponte detrás de mí y ocupa el sitio que te corresponde lamiéndome el culo.

Mi cuerpo se ajustó a los movimientos frenéticos, casi desesperados de Lola y la invasión suave de la lengua de Juan. Fue una de las pocas veces en las que me entregué yo misma en una sesión con mis sumisos.

Los gritos con los que Lola proclamó sus orgasmos inundaron la habitación mientras veía su rostro transfigurado y sus dedos agarrotados en la almohada. Su cuerpo entero temblaba y temblaba aún más con cada nueva ola de placer que la hacía contraerse en un nudo nervioso.

Sus «¡Juan! ¡Juan! ¡Ya no puedo más! ¡Ya no puedo más!» seguidos por su siguiente orgasmo, no hacían más que azuzar los míos propios, consiguiendo que mi vagina se contrajera alrededor de la bala vibradora del mismo modo que mi trasero lo hacía para retener la lengua de Juan en mi interior y mis uñas se incrustaban en el cabecero al que me sujetaba mientras embestía una y otra vez a Lola para poder sentir el roce del arnés contra mi clítoris y que ella siguiera perdiendo la cordura con el placer descontrolado que parecía haberla dominado.

Me negué a darle tregua hasta que con mi quinto orgasmo yo misma caí rendida sobre la cama.

—Sigue ocupándote de ella para que siga corriéndose. Con tu boca —añadí cuando Juan se cogió la polla que parecía haber recuperado su vigor y ya estaba coronada por las brillantes gotitas presemiales—. Con tu boca sobre su clítoris y un dedo en su trasero.

Fui a ducharme con los ruegos desesperados de Lola resonando a mi espalda, tratando de convencer a Juan de que ya no podía más. En el fondo no me extrañaba, yo misma temblaba por dentro y mis piernas cedían debajo de mí. Cerré los ojos bajo el agua y me recreé en sus gritos, que me sabían a pura y decadente gloria.

—Puedes correrte en su culo —le concedí a Juan al regresar a la habitación.

—Gracias, Señora.

Me vestí mientras lo observaba y de vez en cuando le acariciaba la cabeza, hasta que también él se contorsionó con un fuerte gruñido y cayó rendido sobre su mujer.

Me fui sin decirle nada más e ignoré los mensajes de wasap que me llegaron poco tiempo después. Solo cuando me metí desnuda en la cama cogí el móvil para leerlos y me limité a enviarle un guiño de respuesta.

Juan: «Ama, ¿puedo llamarla?».

Le teclee un escueto «No». A pesar del placer y de haber realizado una fantasía que resultó incluso más morbosa y placentera de lo que me había esperado. Acababa de dar carpetazo a una etapa de mi pasado. Justo lo que suele ocurrir cuando acabamos con una obsesión y no nos queda ni el deseo de olvidarnos de ella porque ya la hemos dejado atrás.

Juan: «Ama, no sé cómo darte las gracias. Diga lo que diga me quedo corto. Eres la mujer de mi vida, la única a la que he amado de verdad».

En la oscuridad de mi habitación resonó un resoplido. Si su Ama hubiera sido otra, no habría dudado en entregarme a ella de la misma forma en que me había entregado a mí a su mujer. De alguna forma me daba lástima, casi, casi tanto como la que le tenía a ella.

Apagué el móvil y lo dejé en la mesita de noche. No importa lo racionales que podamos ser las mujeres dominantes cuando tenemos que serlo, en el fondo, solo somos humanas.

QUINCE



Máscaras y travestismos

La primera vez que follé a Juan como su Ama fue varias meses después de nuestro encuentro en el salón de plenos. Le había dejado servirme, ocasionalmente le había permitido que se corriera o que me besara los pies y hasta le había ayudado masturbándolo, pero ni una sola vez le concedí más que eso. Puede que al principio fuera por mi propio miedo a volver a enamorarme de él, aunque creo que luego la cuestión fue más el placer que sacaba de torturarlo.

Las fiestas de Don Carnal fueron las que me dieron la oportunidad de poner a prueba sus verdaderos límites a la hora de complacerme.

Tras las risas y la diversión de los carnavales siempre se han ocultado los más oscuros y lujuriosos secretos de sus participantes. El carnaval te permite ser alguien o no ser nadie, al igual que un antifaz puede ocultarte u ofrecerte ser más tú que nunca.

Las instrucciones que le envié a Juan un par de semanas antes fueron claras: disfraz de María Antonieta, con peluca, maquillaje y antifaz. Medias de liga, zapatos de tacón, pololos al estilo de la época con la raja pertinente que permita el acceso, rellenos en los pechos y nada más.

A la hora especificada recibí su mensaje de wassap.

Juan: «¿Dónde está, Ama?».

Miré a la puerta y si no hubiera sido porque yo misma le había especificado al detalle el vestido que quería que alquilara, habría sido incapaz de reconocerlo.

Yo: «Mira a tu izquierda. ¿Ves la diablesa enfundada en látex rojo?».

Juan: «¿La del antifaz y los cuernos?».

Yo: «La misma».

Juan: «Voy para allá».

Yo: «Nada de eso».

Juan: «¿Ama?».

Tomé un trago de mi copa y reprimí la excitación por descubrir su reacción cuando descubriera lo que pretendía de él.

Yo: «Bailarás con los capullos de tu partido, uno a uno, cada uno de los concejales y el alcalde. Sedúcelos si es necesario. He visto al menos cinco aquí, de modo que quiero verte con al menos cinco».

Juan se quedó parado en medio de la multitud que se movía a su alrededor, como si estuviera perdido. No me di cuenta que había dejado de respirar hasta que él cogió el móvil y leí su mensaje.

Juan: «Lo que mi Ama desee. Estoy aquí para servirla hasta la última consecuencia».

El mensaje me produjo una mezcla de sorpresa y calor, un calor ardiente que fue subiéndome por el vientre y extendiéndose a través de mis venas. Juan no solo había aceptado mi reto, sino que se había mostrado abierto a mucho más. A pesar de mi sensación de victoria inicial, el presenciar cómo fue trajinándose uno a uno a sus compañeros de partido para acabar bailando con ellos se convirtió tanto en un excitante espectáculo como en toda una tortura. El mejor momento llegó cuando bailó con el concejal de cultura, del que todas las mujeres que de alguna forma habíamos tenido la desgracia de trabajar con él sabíamos que era un viejo verde. Ajeno a la verdadera identidad de Juan, parecía que efectivamente tuvo que confundirle con una mujer por la manera en la que le tocaba muchas más zonas anatómicas de las que se requerían para bailar. Juan lo aguantó con estoicismo, aunque no dejó de echarme vistazos una y otra vez como si tratara de adivinar cuales serían mis siguientes planes y si incluían al viejo verde.

Estuve tentada de hacerlo. Me costó toda mi fuerza de voluntad resistirme. ¿No habría sido una venganza genial que el viejo baboso hubiera tratado de liarse con Juan solo para descubrir la metralleta cargada que llevaba debajo de la falda? Pero no habría sido justo para Juan. Una dominatriz puede humillar y llevar a un sumiso a los extremos, pero también tiene que respetarlo. De modo que mandé un wasap a mis cómplices invitadas y me acerqué a la esposa del alcalde para poner la segunda parte de mi plan en marcha y, sin dejar de controlar la hora, charlé un poco con ella.

—Si me disculpas, me esperan en otro sitio. —Le sonreí a la mujer.

Ella me miró alarmada.

—¡No me dejes sola! No conozco a nadie y Fernando, como de costumbre, pasa olímpicamente de mí. Odio estar sola y estoy hasta las narices de estar aquí.

La estudié con atención y jugué mi baza.

—Tengo que confesarte una cosa, Lidia. He quedado con algunas personas y... digamos que es para una fiesta algo diferente y mas bien privada.

Los ojos de Lidia se abrieron de inmediato.

—¿Cómo de diferente?

—Prohibida, perversa y lujuriosa.

—Eso suena mucho mejor que lo que hay aquí —se quejó.

—Podrías acompañarme si quisieras, pero tienes que venir con una mente muy abierta y con la idea clara de que no podrás estar allí como una simple espectadora.

Ella me miró largamente, le echó un vistazo al marido que parecía más interesado en el escote de la concejala de medio ambiente que en sus propuestas de mejora y acabó asintiendo.

—Me voy contigo.

Sonreí y me incliné hacia ella para susurrarle al oído y hacerle una última prueba.

—En ese caso, cielo, ve primero al baño y quítate las bragas. No te harán falta allá a donde vamos.

En el baño aproveché para refrescarme y enviarle a Juan sus instrucciones.

Yo: «Bebe algo, ve al baño si quieres y acude a la caseta de los vestuarios que hay al lado de la piscina. Te quiero allí en media hora».

Juan: «¿Algo más, mi Ama?».

Yo: «No».

Juan: «Gracias, mi Ama».

A nuestra llegada a los vestuarios, las chicas ya nos esperaban allí, cada una con una copa en la mano, sentadas o tendidas en diferentes hamacas de piscina que rodeaban a la que había colocado en el centro de la estancia.

—Son todo mujeres —murmuró Lidia nerviosa.

Le sonreí y le aparté un mechón de la cara.

—Luego llegará la parte masculina, pero ¿adivina qué? Tú formarás parte de nuestra ofrenda a Don Carnal. —Mi sonrisa fue ensanchándose a medida que los ojos de Lidia fueron abriéndose.

—¿Vosotras vais a... a... eso... a mí?

—También si quieres. —Le pasé un vaso de sangría y cogí uno para mí—
La idea principal es que serás tú quien se folle a nuestra ofrenda.

Juan llegó puntual. Se quedó parado en el umbral y a través de la penumbra y el resto de figuras disfrazadas me buscó con la mirada. En cuanto descubrió a Lidia, dio un paso atrás. No le detuve. Todo sumiso tiene derecho a largarse cuando quiera. Tampoco las demás hicieron nada para detenerlo, aunque tampoco habría hecho falta. A pesar de estar más afuera que dentro, Juan no se fue.

—Entra y cierra la puerta detrás de ti. Luego colócate en el centro, arrodillado ante la hamaca. —Esperé a que él me obedeciera—. Señoras, les presento a mi puta personal. Es obediente, bien entrenada y viene dispuesta a servirnos en lo que deseemos. ¿No es así, perra?

Juan le lanzó una ojeada disimulada a Lidia y acabó por asentir. Podría haberle dicho que con el maquillaje y la peluca era difícil reconocerlo, o que la mujer de su edil ya llevaba un par de copas de más y que le había quitado las gafas junto con su disfraz pero, como de costumbre, las cosas son más interesantes por lo que creen los implicados que por la realidad.

Me acerqué a Juan y le acaricié la mejilla.

—Me complace tu respuesta. Puedes besarme los zapatos. —La forma casi desesperada con la que se lanzó sobre ellos me reveló lo nervioso que estaba—. Inclínate sobre la hamaca y agárrate a ella.

Existía algo extrañamente morboso en ir levantándole la voluminosa falda con lentitud. Mucho más que bajarle los pantalones si los hubiera tenido puestos. A nuestro alrededor observaban la escena con ojos brillantes. En cuanto alcancé sus ridículos pololos, les di un tirón y los rajé hasta dejarle expuesto el trasero. Fue bastante meterle la mano por debajo para alcanzar su escroto y pesarle sus huevos en mi palma para arrancarle un jadeo. Cuando, además, alcancé su traidora virilidad, ésta se encontraba erecta y dura. Pasé el pulgar por la punta de su glande para comprobar la mancha húmeda y, estableciendo un bombeo concienzudo me incliné hacia su oído.

—¿Nos ofrecerás tu culo esta noche, puta?

La nuez de Juan se movió de forma notoria cuando tragó saliva.

—Lo que mi Ama desee —murmuró adelantando la pelvis cuando mi mano subió hasta la base de su miembro.

—¡Un espejo! —Le pisé a Juan la espalda obligándolo a tenderse sobre la hamaca—. Colocadlo delante de ella—. La chica que llevaba el espejo de plástico blanco del lavabo lo situó a su lado. Me coloqué para mirarme con él

al espejo—. Dime, ¿cómo te ves?

—Como una puta, como una puta barata.

—Justo lo que eres, cielo —le murmuré al oído—. Lo único que nos queda por establecer es tu precio. ¿Cómo de barata eres? ¿Cuánto cobras porque puedan usarte a tu antojo?

—Cinco euros.

—¿Cinco euros por besarles los pies?

—Sí, Ama.

—¿También cinco por comerles el coño?

—Sí, Ama.

—¿Y seguirán siendo cinco euros cuando quieran follarte por detrás?

Juan titubeó.

—Sí, Ama.

—¿Y ya te preparaste para que puedan tomarte desde atrás?

—No, Ama. —La voz de Juan falló al decirlo.

—En ese caso, te mereces un castigo, sumiso. Conocías tus órdenes y no las has cumplido. Creo que ya sabéis su precio oficial, señoras —añadí alzando la voz—. ¿Quién quiere ser la primera para cuando lo haya preparado?

—¡Yo!

—¡Yo!

—¡Pues habrá que echarlo a suertes, yo también quiero!

Con cada mujer que mostraba su interés, Juan se estremecía.

—Karen, encárgate del orden y que cada una le pague lo que se vaya ganando. Y tú, puta barata, sígueme —le indiqué a Juan, dirigiéndome a una silla para que se tendiera sobre mi regazo. Le levanté de nuevo la falda y lo dejé con el trasero al aire—. Veinte manotazos, cuéntalos en alto.

Mi mano impactó sobre sus nalgas dejando un fulgurante tono rosado tras de sí.

—¡Uno! —La voz de Juan fue casi irreconocible.

—Más alto.

—¡Dos! —Podía notar cómo temblaba.

Para asegurarme de que todo iba bien, metí la mano entre sus piernas y comprobé el estado de su erección antes de seguir. Puede que fuera la humillación de verse vestido como una mujer, convertido en puta y castigado en público de la forma más vergonzosa posible, o tal vez fuera el hecho de que las mujeres a nuestro alrededor habían comenzado a quitarse los zapatos y

algunas se estaban desnudando al completo y hasta se estaban poniendo los arneses con los consoladores de todas las formas y tamaños posibles. Después del séptimo manotazo le acaricie antes de seguir.

—Aún estás a tiempo de decir tu palabra de seguridad si deseas retirarte —le ofrecí por lo bajo para que solo él pudiera oírme entre el tumulto.

—¡Ocho! Gracias, Ama.

—¿Vas a decirla?

—¡Nueve! No, Ama.

—Está bien.

—¡Diez! Ama, ¿puedo hablar?

—Te escucho.

—¡Once! Si me considera digno y le ha satisfecho mi servicio, ¿podría servirle también a usted antes de que acabe la noche?

—Lo veremos cuando llegue el momento, suponiendo que seas capaz de aguantar.

Para cuando acabé con su castigo, Karen estaba esperándome.

—Se ha establecido un orden y una lista de deseos. La monja ha ofrecido pagar el doble a cambio de poder prepararle.

Eché un vistazo a la mujer disfrazada de monja y asentí.

—Me parece bien.

Como un ejército bien entrenado, las mujeres que querían que las sirviera se tendían en las hamacas y le ofrecían los pies para que se los chupara o se abrían de piernas, mientras que aquellas que llevaban arnés desataban sus fantasías más oscuras con con él. Muy pronto, las más atrevidas no solo comenzaron a magrearlo a él, sino que ayudaban a sus compañeras a alcanzar el orgasmo, ya fuera acariciándolas, chupándoles los pechos o, incluso, compartiendo la tarea de Juan de satisfacerlas con sus lenguas.

Yo, por mi parte, me limité a observar la escena y, en especial a Juan. Besaba los pies de sus clientas con absoluta dedicación, succionando sus dedos en su boca, mordisqueando la barriguita carnosa o pasando su lengua entre ellos. La expresión de su rostro solía ser de puro éxtasis, que pronto se convirtió en tortura cuando alguna que otra de las chicas metió las manos bajo su falda y comenzó a masturbarlo.

De vez en cuando, cuando alguna lo penetraba, sus ojos se cerraban y por unos segundos dejaba de lamer mientras que sus dedos se agarraban con fuerza a los laterales de la hamaca.

Rara era la mujer que después de pagar sus cinco euros no llegaba a soltar

al menos un billete más y, rara era aquella con la que Juan no disfrutaba sirviéndola de todas las formas imaginables, dejándolas hacer con él lo que quisiera o, forzándose en llevar a cabo su tarea como era debido hasta que se corrieran en su boca.

Lidia dejó de preocuparle en el momento en el que se dejó seducir por otras dos féminas que, por su parte, se encargaron de mantenerla distraída. Aunque Juan quizás no se diera cuenta de cómo, Lidia, de cuanto en cuanto, observaba a las otras mujeres con arnés montándolo. Aquellos eran los únicos momentos en los que, realmente, me podía la anticipación.

Esperé a que las demás terminaran con Juan para otorgarle su turno a Lidia. Me acerqué a ella y tracé el contorno de su pecho.

—Creo que es tu turno, Lidia —murmuré al lado de su oído—. ¿Cuál es tu opción?

Las mejillas de Lidia se cubrieron de un profundo tono rosado.

—¿Puedo hacerlo con el arnés?

Sonreí.

—Tengo una cosa que te vendrá bien si quieres hacerlo así.

—¿Sí?

Fui a mi maletín y escogí una bala vibradora con mando a distancia.

—Abre las piernas para mí —le pedí al regresar. Lidia se mordió el labio, pero obedeció. La miré a los ojos al introducir mis dedos entre sus piernas y no me retuve de tocarla de forma descarada y mucho más prolongada de lo necesario, hasta que las rodillas de Lidia parecieron ceder bajo ella. Solo entonces le introduje la bala y la empujé a su interior, metiendo también mis dedos varios centímetros para comprobar cómo su vagina se cerraba a su alrededor.

Con un gesto hacia Juan la invité a empezar.

—Es todo tuyo.

Lidia dudó, pero cuando le di la espalda para tomar asiento en la hamaca y abrí las piernas a pesar de que llevara el ajustado traje de látex que me cubría, la única opción que le quedaba era la de situarse detrás de Juan.

—¡Ama! —Juan metió su cabeza entre mis muslos con un gemido y se agarró a mis caderas cuando Lidia lo penetró.

Le tiré del cabello obligándole a alzar la cabeza.

—Mírame, no quiero que dejes de mirarme. Y recuerda, no te he dado el permiso para correrte.

Así, con la visión de su rostro en primer plano, apreté el botón del mando

a distancia. Detrás de Juan, Lidia dio un chillido sorprendido, pero de inmediato su cuerpo reaccionó embistiendo a Juan en su búsqueda de placer.

—¿Te gusta como te folla la mujer de tu jefe? —le pregunté a Juan al oído para que nadie pudiera escucharme.

—Sí, Ama —masculló con los dientes apretados y el sudor corriendo por su frente—. Ama, por favor...

—¿Por favor qué?

—¿Puedo correrme, señora?

—No.

Mi respuesta fue tan categórica que Juan echó la cabeza atrás haciendo un ruido que sonó casi como un lloriqueo.

Incrementé la velocidad de la bala. Los movimientos de Lidia se tornaron frenéticos y desacompañados mientras se agarró al vestido arremolinado en la cintura de Juan como si se le fuera la vida en ello. Su agónico grito de éxtasis fue seguido por el aplauso de las chicas que nos rodeaban. La cabeza de Juan cayó sobre mi regazo. Le acaricié el espeso cabello mientras las mujeres a nuestro alrededor se fueron vistiendo y desapareciendo de los vestuarios.

Lidia, con el rostro enrojecido farfullaba una rápida excusa al desaparecer apresurada, como si hasta aquel momento no se hubiera dado cuenta de que su marido podría andar buscándola, algo que, sinceramente, me hubiera sorprendido.

Karen fue la última en irse, después de entregarme el dinero que había recaudado. Me levanté para echar el cerrojo tras ella.

—Tiéndete bocarriba sobre la hamaca y súbete la falda.

Me quité el mono de diablesa observando cómo me obedecía. Le acabé de rajar los pololos, dejando que su erección se alzara libre de restricciones, le coloqué un preservativo y, sin más preliminares, me senté sobre él dejando que su polla se abriera paso en mi resbaladizo interior.

—Ama...

Ignoré su lastimoso gimoteo y le metí los billetes en su escote.

—Córrete antes que yo y podrás buscarte una nueva Ama —le advertí bajando mis manos para masturbarme.

Podría haberme ahorrado la advertencia. Llevaba tantas horas excitada y tantos años sin recordar el delicioso cosquilleo que podía causar la estrecha polla de Juan al montarlo, que tardé apenas unos minutos en echar la cabeza atrás con un grito, mientras terminaba de cabalgarlo como una amazona y él se rendía ante mí, vaciándose en mi interior con contorsiones tan violentas que

tuve que dejar caer mi peso sobre su pecho para que no nos cayera a ambos al suelo.

Parte Cinco

EL JUEGO FINAL



DIECISÉIS



Francisco

Francisco es médico, tiene dinero, es atractivo, sabe cómo hacerte reír, te mira de forma que se te caen las bragas y las baba y tus neuronas entran en estado de coma... y es el típico macho alpha que con su personalidad arrolladora está acostumbrado a proteger a las mujeres, a imponerse de forma casi imperceptible y está acostumbrado a que las féminas en general lo adoren.

Estoy enamorada de él, y sospecho que él lo sabe. Nos comportamos como novios enamorados pero ninguno de los dos damos el siguiente paso. En parte es por mi culpa. Trato de mantener las distancias antes de comprometerme demasiado. Él no sabe que soy una Dómina y tampoco se está percatando de que poco a poco lo estoy convirtiendo en mi sumiso.

¿Suena contradictorio? Es posible.

Antes que dominatriz soy perversa. Si un tipo guapo y sexi, que sabe lo que se hace, me viene por detrás y me empotra contra el mueble de la cocina lo disfruto como la que más. Me gusta ese fino hilo de dolor que roza el placer casi tanto como ocasionarlo, y también me gusta que me hagan sentir poseída, dominada incluso, cuando se dan las circunstancias adecuadas. El hombre debe saber lo que se hace y yo tengo que saber que es igual o más fuerte que yo a nivel de espíritu y de carácter. Francisco cumple ambas características. También cumple otras dos que él desconoce: reacciona al dolor y a la dominación.

Basta aplicar un poco de dolor durante nuestras sesiones de sexo desenfrenado para que su polla se ponga más dura que una piedra y sus mayores orgasmos son siempre los que le provoco yo cuando le monto o

cuando le provooco con uno de mis juegos.

Hay algo que la mayoría de las personas desconocen: los gustos sexuales se pueden condicionar de una forma extraordinariamente sencilla si sabes lo que haces. Francisco, siendo médico debería saberlo. Es muy probable que lo sepa. Pero a veces no vemos lo que está justo delante de nuestras narices. No puedo obligar a Francisco a ser un sumiso. Ni siquiera quiero hacerlo. Con él disfruto de las luchas de poder, en las que nunca sabemos quién saldrá victorioso. Y sí, incluso un macho alpha como Francisco tiene sus debilidades y sus secretos y yo tengo las llaves para descubrir incluso aquellas que no se atreve a admitirse a sí mismo.

Sin embargo, Francisco no forma parte de este libro, ¿o sí?

DIECISIETE



El juego final

Imagino que después de leer este libro ya sabes como soy. No cambiaré. La Diosa en mí no me lo permite, ni mi necesidad de libertad tampoco. Estoy dispuesta a ofrecerte el mundo, a compartir el placer y el dolor y a hacerte sudar con mi mente perversa, pero solo tú puedes decidir si quieres formar parte de un mundo tan retorcido como el mío.

No necesitas firmar un contrato de permanencia ni comprometerte por el resto de tus días. Me conformo con un «por ahora», que me entregues tu cuerpo y mente para entregarte un placer como el que no puedes ni imaginar.

¿Te atreverás a arrodillarte ante mí?

Consejo final

*No juzgues si no quieres ser juzgado.
No critiques aquello que desconoces.
Atrévete a cerrar los ojos y a entregarte, quizás te sorprenda descubrir el
camino hacia tu felicidad.*

Lady H. Wilde